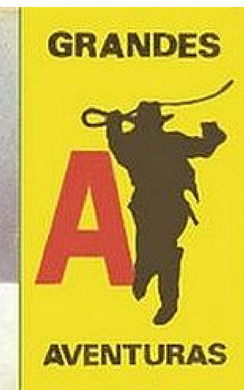
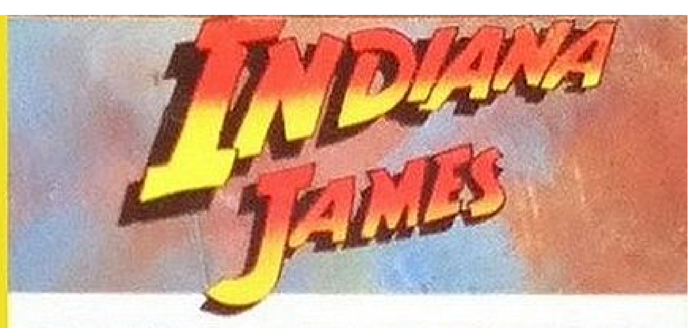




PALOMA - CABALLO Y REY

Siempre me han gustado las estaciones, los aeropuertos, los lugares construidos para emprender viaje hacia cualquier sitio. Sí, ya sé que no soy muy original, a todo el mundo le pasa algo parecido, pero así es.

Son lugares en los que se respira un aire distinto según hacia qué rincón te vuelvas. Encrucijadas de caminos con indicaciones diferentes que te indican que el mundo está al alcance de tu mano.

Soy aún menos original si digo que siempre me ha gustado tener dinero. Toma, y a éste, y al otro y…

Pero es que la vida que uno lleva no ha convertido en habitual el reconfortante sonido de las monedas en el bolsillo, ni el suave crujir de los billetes dentro de la ropa.

Más bien todo lo contrario.



Indiana James

Paloma, caballo y rey

Bolsilibros - Indiana James - 31

ePub r1.0

LDS 13.05.18

Título original: *Paloma, caballo y rey*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Siempre me han gustado las estaciones, los aeropuertos, los lugares construidos para emprender viaje hacia cualquier sitio. Sí, ya sé que no soy muy original, a todo el mundo le pasa algo parecido, pero así es.

Son lugares en los que se respira un aire distinto según hacia qué rincón te vuelvas. Encrucijadas de caminos con indicaciones diferentes que te indican que el mundo está al alcance de tu mano.

Soy aún menos original si digo que siempre me ha gustado tener dinero. Toma, y a éste, y al otro y…

Pero es que la vida que uno lleva no ha convertido en habitual el reconfortante sonido de las monedas en el bolsillo, ni el suave crujir de los billetes dentro de la ropa.

Más bien todo lo contrario.

Y, para una ocasión que se me presentaba de romper con viejas costumbres, decidí saborear el momento.

Me encontraba en el aeropuerto londinense de Heathrow, con un buen fajo de billetes en el bolsillo (en *los* bolsillos, porque eran tantos que había tenido que distribuirlos en varios: maravilloso), sin nada que hacer, ningún enemigo amenazando mi existencia, ningún peligro a la vista… Algo increíble en mí ajetreada vida de trotamundos.

Así que hice lo que había que hacer: meterme las manos en los bolsillos, deleitarme con el agradable tacto del papel moneda, silbar un poco y dirigirme hacia el bar del aeropuerto contemplando a mí alrededor lo muy apresurado que rodaba el mundo. Tenía la intención de que el trayecto durara poco más o menos lo mismo que si lo hubiera recorrido un caracol.

No suele pasarme a menudo, esto de tener tiempo para mirar

alrededor y ver pasar el mundo como si fuera un ordenado hormiguero. Quiero decir, como si no fuera el montón de locos que somos normalmente. Y más desde mi punto de vista personal, ya saben las cosas que suelen pasarme.

Así que, con las manos en los bolsillos y silbando por lo bajo el *Was a sunny day*, versión Paul Desmond (creo haber dejado sentado que me encanta el *jazz*), y procurando meter en el mismo silbido piano, saxo y hasta batería, me dediqué a recorrer Heathrow, en paz con todo lo que me rodeaba.

Era, desde luego, un maravilloso día.

Observé a la gente, con tranquilidad. Todo el mundo parecía estar a punto de emprender un viaje de placer. Todo el mundo se iba, y al parecer, de vacaciones.

También a mí me hacían falta unas vacaciones. Últimamente me había sentido un poco cansado, ya saben. También uno tiene su límite.[1]

Pero me daba un cierto reparo hacer planes. Haga lo que haga, siempre me encuentre con problemas.

Miré a mí alrededor. Tal extranjero podía ser un peligroso terrorista, este compatriota de Shakespeare podía estar evadiendo divisas a Suiza, o bien ser cómplice de un asalto a un banco. Hasta la viejecita sentada en un banco y con aspecto de esperar a alguien podía muy bien ser una agente de la CIA hábilmente disfrazada.

No, Indiana, me dije. Ahora tienes un dinerito, y no es cosa de meterse en líos. Más bien lo que vas a hacer es tomarle un descanso, escoger un destino cuidadosamente, tomar un avión pacífico y sin terroristas, y ofrecerte un merecido descanso en esta ajetreada vida que te va a llevar a la tumba. Ya es hora de, por una vez, convertirte en un turista normal, camino de unas vacaciones muy merecidas.

Lo pensé muy firmemente. Estaba decidido esta vez.

Pero ya saben que mis planes raramente se realizan.

Y las interrupciones suelen tener muy a menudo el mismo origen.

Esta vez se llamaba Paloma. Bonito, ¿verdad?

Si yo hubiera sabido entonces…

Pero bueno, tampoco hubiera hecho nada por evitarlo. Ya nos conocemos, ¿no?

Desgraciadamente, tampoco pude hacer nada, pero materialmente nada, por evitar lo que me embistió por detrás, como un elefante en tromba. Un encontronazo que me pilló por sorpresa y me derribó hacia delante. Pude sólo girarme rápidamente, antes de caer, y conseguí quedar en el suelo, cara arriba, en una posición no del todo indigna de un aventurero como yo, dentro de lo que cabe.

Pero fue así como recibí, en plena barriga, una enorme caja de cartón llena de plomo, seguro, a juzgar por el peso. A punto estuve de echar fuera hasta la última papilla que me dieron de pequeño.

Luchaba yo desesperadamente por recobrar algo de aliento, cuando de detrás del elefante, que no era un elefante, salieron unos ojos. Bueno, alrededor y más abajo había más, pero lo primero de lo que uno se enteraba era de unos ojazos inmensos y bellísimos que venían hacia acá.

—Oh, Dios mío, ¿le he hecho daño? —dijo la chica.

Mi intención era responderle que no, que ni hablar, dónde va a parar, quiere usted callar, daño, qué cosas, por favor. Pero no podía articular palabra. El plomo empaquetado se había quedado instalado en mitad de mi estómago, y por alguna oculta razón, yo insistía en sujetarlo firmemente, con ambas manos. O sea, que mis pulmones estaban más vacíos que el bolsillo de un padre de familia numerosa a fin de mes. No podía echar fuera aire ninguno que arrancara sonidos de mi garganta.

—¡Y además ha salvado mis códices! ¿Cómo podré agradecérselo?

Se me ocurrían algunas formas de gratitud, pero fui discreto. Sólo tomé nota, mientras la chica me ayudaba a levantarme, de que era francamente una gran mujer. Además de tener unos ojos maravillosos, el resto estaba en proporción. Quizá algún kilito de más, pero nada importante.

El elefante estaba allí, parado. No, no era un elefante, ya digo. Era uno de esos carritos para equipajes que hay en los aeropuertos. Pero más parecía una reproducción sobre ruedas del Empire State Building, de mi amada Nueva York. Había tal cantidad de maletas y cajas de cartón sobre aquel armatoste, que sólo mediante un prodigio de equilibrio podía tenerse en vertical. Pero de lo alto de esa vertical se había desprendido el paquete que yo había «salvado».

Me sacudí un poco, incorporándome, recobrando poco a poco la

voz y el aliento. La chica de los ojazos sacudía, con toda vehemencia, una esplendorosa cabellera para subrayar una sonrisa tremendamente dulce. Así que no había forma humana de resistirse. La muy bruja debía tenerlo estudiado, como táctica de buen ajedrecista: primero te deslumbraba con los ojazos, luego hacía fuegos artificiales alrededor con su maravilloso pelo tirando a pelirrojo, y además te largaba la sonrisa, hala, así por bajo, como en un buen golpe de karate.

Después de eso, cualquiera le decía algo así como lo de «podía usted tener más cuidado de por dónde anda, ¿no?». Hubiera sido como ponerse a bailar *ballet* en medio de un partido de *rugby*.

Sólo conseguí sonreír, mirándola a los ojos. Me temo que la sonrisa debió de salir un poco estúpida, pero ella debía estar acostumbrada a que sus presas se quedaran así de aleladas.

Y luego se puso a hablar. Y la voz, ya sin tono de urgencia, y a pesar del acento un tanto exótico, era lo que le faltaba al tratamiento. Derramaba una dulzura, una calma, que a uno le entraban ganas de echarse a dormir allí mismo, o de poner un disco de Chopin, qué sé yo…

—Perdóneme, por favor. Es que llevo algunos paquetes, ¿sabe? Me sería tan doloroso haberle hecho… ¿Seguro que se encuentra bien?

Bien, lo que se dice bien no me encontraba. Pero si seguía hablando me encontraría como en el séptimo cielo, desde luego. Sólo que no conseguí decirle nada. Seguía sonriendo estúpidamente mientras ella, ayudada por un par de curiosos que se habían acercado, colocaba de nuevo la caja en lo alto del rascacielos rodante.

—Soy arqueóloga, ¿sabe? La caja que acaba de salvar era parte de una exposición que la Universidad Autónoma de Madrid acaba de clausurar aquí, en Londres. Concretamente, esa caja contiene un par de valiosos códices…

—Valiosos, y voluminosos, diría yo —y me toqué el estómago.

Pero ella siguió hablando, y yo estaba como los ratones hipnotizados por una serpiente de cascabel. Tenía una dulzura al hablar como para ponerme a bailar de cabeza de un momento a otro.

—Sí, y eran el complemento histórico de los fragmentos de

tablillas del siglo octavo que…

—¿Octavo? ¿Siglo octavo?

Su acento era bastante marcado, pero no daba crédito a mis oídos. Me perdonarán, pero soy norteamericano. Si me hablan de más allá del siglo diecinueve, para mí como si me dicen del Cuaternario. Chino, vamos.

Si. ¿Por qué?

No me dirá que en esas cajas de cartón lleva restos arqueológicos de hace la tira de años. ¿Así, sin escolta, sin embalaje de seguridad, sin…?

Sonrió de nuevo, y el mundo se iluminó, salió el sol, sonaron violines, se me dilató el corazón…

—No hay dinero para mas dijo, ladeando la cabeza dulcemente, al tiempo que levantaba el hombro de ese lado. —Era importante exponer aquí, en Londres, para lograr una posible subvención británica; seguir excavando y…

O sea, que ella sola transportaba los materiales, montaba la exposición, recogía y luego se volvía a su país. Me resultaba maravillosa, ¿o ya lo he dicho antes?

—Bueno —dijo, con otra encantadora sonrisa—. Tengo que irme, aún tengo que ocuparme de esto, y… Ya sabe, si pasa por Madrid…

—Bueno, nunca se sabe… Esto… ¿dónde podríamos vernos?

Me estudió atentamente. Una cosa es congraciarse con la víctima de un intento de aplastamiento y otra citarse con un desconocido, debió pensar.

—Mi nombre es Paloma —dijo, tendiéndome la mano—. ¿El suyo…?

Bueno, ahora vendría aquélla. Me armé de paciencia, ya saben lo que pasa siempre que digo mi nombre.

—James —subrayé—. Indiana *James.*

Esperé el cataclismo. Ahora se rompería el hechizo.

—Ah —dijo sólo—. Bueno, en Madrid, estoy en el Palacio Real. Preguntando por mí, ya está.

Se fastidió, pensé. Era demasiado bonito para ser cierto.

—Bueno, es que mi nombre… Me llamo en realidad Indiana…

—Y yo Paloma. Bueno, mi avión va a salir. Adiós, y perdón ¿eh?

Y se marchó. Maldita sea, el día que le eche mano encima al

idiota ese de las películas que se llama como yo… El y su estúpido sombrero me han fastidiado ya un buen montón de historias. Sin contar con las bofetadas que me han dado en mil ocasiones policías de medio mundo por creer que cuando les digo mi nombre me estoy burlando de ellos.

El rascacielos rodante se perdió entre la multitud (aún asomaba de vez en cuando a lo lejos), y yo me di la vuelta. Un bonito ligue frustrado. No tienes arreglo, Indiana. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, yo pensaba en unas vacaciones tranquilas en…

Maldita sea, esa chica hubiera sido una excelente compañía para disputar de la tranquilidad. Esos ojos eran el sedante más maravilloso que yo había…

Estaba furioso con mi perra suerte. Así que cuando alguien me tocó en el hombro y dijo «oiga», me volví con un humor que el pobre hombre no se merecía.

—¿Qué diablos quiere?

En Heathrow todo me atacaba por la espalda, al parecer. Menos mal que ahora no me habían tirado al suelo.

—No se ponga así, oiga. Se le ha caído esto.

Un tipo me alargaba una bolsa de plástico de los almacenes Harrod’s. Una de esas bolsas en las que le ponen la compra cuando visitas el que es templo del consumismo para medio mundo. Los hay que hacen viajes a Londres solo para comprar allí.

—No es mío. No he perdido nada.

—Oiga, ¿usted no es el que ha chocado con esa señorita de los paquetes? Pues se le ha caído esta bolsa.

Reconocí ahora a uno de los curiosos que habían ayudado a Paloma a ordenar de nuevo su equipaje. Parecía pensar, «encima que uno se toma la molestia de ser amable…».

Acepté la bolsa. El cuerpo me pedía un buen *whisky*, así que reanudé mi recorrido hacia el bar, ahora sin velocidad de caracol. Total, mi calma se había esfumado… En el bar, al menos, no me embestirían por la espalda. Y no pensaba decir a nadie cómo me llamaba. Absolutamente a nadie.

En la barra, después de echarme a los adentros, de golpe, la mitad del vaso, abrí la bolsa. Papeles, papeles… Saqué uno. Parecía una carta personal, que no decía nada de importancia. No había

dirección tampoco. Sólo me llamó la atención el encabezamiento. Pin lugar de «Querida Paloma» decía «Condesa».

Vaya, encima tenemos a una aristócrata. Lo que faltaba.

Hurgué entre los demás papeles, ligeramente mosqueado. No me gusta la aristocracia, pero la verdad, para alguien de mi país, una condesa de la vieja Europa… Resultaba atrayentes y exótico, la verdad. Y, bien mirado, el título le iba bien. La chica tenía clase.

Pero se me había escapado. Y a causa de un malentendido, maldita sea…

Juré no decirle mi nombre a nadie, nunca más. Así me mataran.

Me terminé el resto del vaso. Y ya iba a pedir otro, y doble, cuando alguien me tocó de nuevo en el hombro, con un seco y autoritario:

Su nombre, por favor.

Lo que me subió por las venas dejaba a la altura del betún a la película esa de *El coloso en Hernias*. Me sentí dispuesto a matar, acuchillar, asesinar. Agarrándome al mostrador con una mano, me volví con la otra preparada a dar un golpe de karate digno de un campeonato mundial…

… Para encontrarme, cara a cara, con un individuo de gabardina y sombrero, el inconfundible policía británico, al que escollaban tres *bobbies* no menos inconfundibles. Todos para mí solito.

Preferí no decirlo completo. Los juramentos son los juramentos.

—James. Me llamo James. ¿Qué es lo que…?

No tuve tiempo de decir mucho más. Uno de los *bobbies*, imperturbable bajo su casco, había cogido la bolsa de
«Harrod’s
» y registraba en su interior. Sacó cinco sobres ligeramente abultados, cerrados, que yo había dejado pasar al examinar el contenido.

—Aquí está —dijo—. Seguramente se trata de esto.

Intenté protestar. Pero no debí ser muy convincente.

Todo el bar estaba ahora pendiente de mí y de los policías. Así que el golpe teatral del agente fue un éxito de público Abrió cuidadosamente el sobre, introdujo dos dedos, se los llevó a la boca y dictamino, solemnemente:

—En electo. Cocaína.

Se me vino el mundo encima. Maldije a Paloma, a la aristocracia

española, a todos los arqueólogos, los pájaros, los ornitólogos, todos los ólogos del universo. Pero claro, eso no impidió que el engabardinado policía me dijera un lacónico:

—Acompáñenos. Está detenido.

Arqueóloga, ¿oh? Buena me la había jugado la tal Paloma. Tanta dulzura no podía envolver nada bueno. Juré que me las pagaría.

Pero eso no me libró de que el siguiente recorrido a través de las amplias naves de Heathrow fuera muy distinto del que había realizado antes.

Desde luego, no a velocidad de caracol. Pero es que tampoco pude dedicarme a mirar el paisaje, ni a silbar *Was a sunny day*, porque el día había dejado de ser *sunny*, o por lo menos a mí se me había oscurecido. Y en cuanto a mi espalda, iba suficientemente guarnecida de policías como para no preocuparme de que me pudiera venir por allí nada… nada peor que los mismos policías, claro.

CAPÍTULO II

Aclarar lo de mi nombre fue lo menos malo de cuanto pasó en la comisaría de policía. No, no es que los muy correctos servidores de Her Majesty The Queen me dieran bofetadas, no. Pero como ya hay costumbre de esas cosas, y con interlocutores mucho menos correctos y nada dispuestos a observar cuidadosamente los derechos humanos del detenido, fue lo de menos.

Lo demás fue encontrar una explicación convincente para la procedencia del dinero que llevaba encima.[2] Convencer a los siempre eficaces y siempre flemáticos británicos uniformados de que la bolsa no era mía, como lo demostraba el hecho de que los papeles de su interior fueran dirigidos a una mujer. Demostrarles luego que no tenía nada que ver con ella, como no fuese un ataque por sorpresa desde mi retaguardia. Todo eso.

Cuando ya lo tenía medio conseguido, o al menos sus defensas parecían entreabiertas, llegó la noticia.

—Hemos investigado en Heathrow. No hay nadie con ese nombre, ni que se ajuste a esa descripción, entre los pasajeros que embarcaron en los vuelos de ese día. Y nadie facturó un equipaje del volumen y características que nos dice.

Odié nuevamente a la condesita, a las palomas, a los pájaros, la arqueología, los aeropuertos…

—Acababa de cerrar una exposición de arqueología. Pregunten en los museos o salas de exposiciones. Alguien debe saber algo.

Nada. ¿Arqueología española? ¿Pero en España hay arqueólogos?, parecían decir los británicos interrogados.

Hablo de códices. Y de unas tablillas con inscripciones del siglo octavo.

Los británicos, que son muy suyos, tenían al parecer serias dudas

de que en España se conociera la escritura en el siglo VIII. Sol y playas, de acuerdo, toros y salvajadas por el estilo, vale, pero ¿arqueología?, ¿tablillas?, ¿inscripciones? *For the sake*
god's
, no habían oído hablar de ello, *of course*.

No había duda, la tal Paloma me había mentido como una arpía. Con aquellos ojazos, y su sonrisa, y el pelo revoloteando… Volví a jurar que me las pagaría.

Tuve que recurrir a otra mujer, pero bastante distinta. Alguien que era la antítesis de la dulzura, por muchos favores que me hubiera hecho en la vida. Ya lo suponen: Zenna.

—Pues les dices a quienes sean que tu hada madrina está de excursión. Que el puesto está vacante. Drogas, ¿eh? Degeneras, muchacho. Yo sabía que podías caer bajo, pero no me esperaba que tanto.

—Zenna, por favor…

—¿Favor? Los favores que te llevo hechos me han costado muy caros, pequeño. Mucho. Demasiado. Además, las cárceles británicas son muy confortables, tienen hasta ducha. Peor sería si te encarecieran en Borneo, pongo por caso. Y para lo que tú te mereces…

—Zenna, por lo que más quieras, estoy en un apuro.

—¿Apuro? En un apuro te metería yo, si…

Aparté el teléfono de mi oreja para no oír la sarta de insultos. Tuve que separarlo bastante, y aún. Cuando hizo una pausa, volví a ponérmelo en posición de oír lo siguiente:

—Acércame a uno de esos esbirros de la Reina. Quiero decirles algo referente a ti.

Estaba perdido. Toda esperanza se esfumaba. Zenna era muy capaz de recomendar le que desempolvaran una cámara de tortura medieval para mi especial tratamiento.

El inspector que me interrogaba tomó, solemnemente, el teléfono. Parecía sentir sorpresa cuando oyó hablar a Zenna. Perdió luego su solemnidad. Abrió los ojos desmesuradamente. Se le estremeció el bigote. Gotas de sudor le brillaron en la calva. Se introdujo un dedo en el cuello de la camisa, como si le molestara. Intentó decir algo, pero no pudo. Se apartó el teléfono de la oreja, imitando mi gesto, mientras me miraba con horror. Alcancé a oír

una sarta de insultos de los que «ese degenerado hijo de perra» era el más suave. Yo cerré los ojos. Me vi en la Torre de Londres, con grilletes hasta en el dedo meñique. Mi destino en manos de Zenna cuando ella estaba en uno de sus ataques de furia: nada podía ser peor que eso.

Cuando el policía colgó, estaba pálido. Sudaba, le temblaba el bigote.

Hubo un silencio sepulcral, en medio del cual pude ver al policía escribir algo en un papel. Luego saco una latita de pastillas de menta, y el silencio se pobló del ruido de sus mandíbulas al machacarlas nerviosamente. Parecían servirle para calmar el nerviosismo.

Debe tener cuidado con sus amistades femenina señor. No parece que le vaya demasiado bien con las mujeres, ciertamente.

Sólo pude tragar saliva, y sonreír estúpidamente Su parte de verdad tenía, desde luego.

—Váyase. Está libre.

Me miró con pena. Debía pensar «pobre hombre, para qué meterlo entre rejas, si ya tiene amigas como esa del teléfono».

Yo volví a sonreír. No quería ni pensar qué podía haberle dicho mi dulce amiga periodista. Total, sólo le debía unos cuantos miles de dólares…

De todas formas, ella se lo había ganado. Ahora, por mucho que me hubiera concedido la libertad, no se había merecido que cancelara la deuda. Ya podría aprender modales, la muy bruja.

—Y aquí tiene el dinero —dijo el policía al devolverme mis cosas.

El sobre me pareció inquietantemente delgado. Lo abrí y conté los billetes. ¡Había sólo cinco mil dólares! ¿Se habían quedado los malditos policías con todo el resto?

—La mujer que hablo por teléfono dio instrucciones precisas para que retuviéramos lo que falta, y se lo enviáramos. Fue condición inexcusable para la libertad de usted. Habló de asuntos económicos pendientes, dijo que usted era peligroso con dinero en el bolsillo. Al parecer, la cantidad de cinco mil dólares le parecía suficiente para el mantenimiento de usted hasta encontrar un trabajo digno. Eso dijo. Ahora bien, si lo desea, anularemos el testimonio de esa chica, tan irregular, y seguiremos adelante con la

investigación. Pero usted ingresará en prisión mientras tanto, por supuesto.

No tenía opción. Maldita sea, Zenna quedaba incluida en la lista de las mujeres que me las pagarían. Aunque, la verdad, en pura honradez la balanza aún estaba a favor…

Pero la cabeza de la lista la ostentaba la tal Paloma. Esa cándida ave me iba a oír, con o sin dulzura.

Eso iba pensando cuando despegó el avión hacia Madrid. Y eso seguí pensando durante todo el recorrido aéreo, enturbiado por una infecta bebida de sabor a química diabólica que la azafata llamó naranjada. La compañía aérea española odiaba ferozmente los paladares de sus pasajeros, por lo visto.

Pero España es un buen país, que casi no había visitado antes, y ya tendría tiempo para relajarme. Además, al ser un país proverbialmente barato, esperaba que me durasen más los escasos fondos que la bruja neoyorquina me había dejado.

O sea que, a pesar de la naranjada, el viaje se me hizo agradable y todo.

* * *

Lo de ser un país barato me fue desmentido nada más salir del aeropuerto. El taxi me cobró una millonada por llevarme hasta el centro. Eso me pasa por no actualizar mis noticias. El taxista me informó adecuadamente de que, para igualar precios con el Mercado Común, su país había ido encareciendo la vida poco a poco. Mis noticias, en cambio, no eran tan recientes.

El resto fue un calvario. En la Universidad Autónoma, departamento de arqueología, habían oído sólo lejanamente hablar de una chica llamada Paloma, pero ni idea de su paradero desde hacía años. O sea, que no podían darme la menor pista. Y encima me tomaban por un ligón barato, y ponían cara de pensar «oiga, aquí estamos trabajando, váyase a ligar a otra parte». Salí de allí levemente mosqueado y sin una seña.

En el Museo Arqueológico, ídem de lo mismo. Y en el de Historia. Y en el Ministerio de Cultura.

O sea, que Paloma me había mentido. Estaba claro ya. A saber lo que llevaría en las cajas. Si todo el cargamento era de cocaína, a estas horas era ya, no sé si condesa, pero desde luego más que

millonaria. Y si había mentido en un detalle, bien podía haberlo hecho en los demás. Maldita sea, ¿quién me mandaba liarme de las mujeres? Con aquel montaje de dulzura y simpatía, y en ella podía haber una traficante de droga de primer orden.

Ya me había extrañado a mí, una exposición entera de restos arqueológicos de gran valor, y sin la menor protección, embalados de cualquier forma, sin más que una persona para transportarlos… Debía haber sospechado desde el principio.

Pero por otra parte, si era cocaína lo que transportaba, debería haber alguien al cuidado.

¡Claro! De pronto, todo encajaba. Los curiosos que le habían ayudado no eran tales. Sino más bien la escolta encargada de seguirla a distancia y sacarla de aprietos.

Uno de ellos, además, había procurado neutralizarme colocándome la cocaína. Estaba claro ahora.

Alto, Indiana, no tanto.

No tan claro.

Si era así, ¿por qué dejar papeles con referencias concretas a Paloma, aunque fuera un nombre falso? Eso me había dado credibilidad ante la policía británica, había hecho posible mi historia.

No encajaba, no.

De vuelta al centro de la ciudad, caminé por las calles principales, y acabé encontrándome en un gran parque, bastante bien cuidado, que tienen los madrileños para respirar oxígeno. Un poco al estilo del Central Park, pero con toques históricos que le daban un aire especial para mí. En estos viejos países, a poco que ruedes, te encuentras un salto en el tiempo, diez siglos y como si nada.

Me senté en una terraza poco concurrida a esa hora y pedí lo que vi tomar a los madrileños que había en las mesas: una cerveza. Luego, volví a mi rompecabezas.

Las cosas no parecían encajar ahora del todo. ¿Qué papel jugaba la aristócrata en todo eso?

El camarero me trajo la cerveza. No había tardado tanto como me habían dicho los amigos. O ellos me habían mentido o España había cambiado de verdad, como en lo tocante a precios ya había comprobado.

Me la liquidé de un trago, y antes de que el camarero se alejara tres pasos ya le había pedido otra. Me miró primero sorprendido, y luego con familiaridad. Un buen bebedor, en los países mediterráneos, es respetado siempre. Y entre gente bebedora, yo suelo sentirme a gusto.

Volví a mis reflexiones.

Pero volvieron a interrumpirme. Esta vez, el típico crío que vende patatas fritas. Le compré un paquete, y le di propina. Abrió unos ojos así de grandes, y se puso a contarme su vida. Pero no mucho rato.

Esta vez, el camarero tardaba con la cerveza. España era España aún.

Al quedarme solo, volví a darle vueltas al asunto Paloma. Recordé que en mi bolsa de bandolera llevaba aún la otra bolsa, la de plástico de los almacenes Harrod's. Por supuesto, ya sin la cocaína, pero con los papeles de Paloma aún. Saqué una bolsa de dentro ele otra, y examiné con cuidado el contenido.

Había papeles de todo tipo, pero nada que me pudiera dar una pista. Facturas de compras, pero sin el nombre de la compradora siquiera. Ropa, material de ferretería… Aquello sí podía tener relación con la arqueología, después de todo. Podía tratarse de material para una excavación.

El camarero llegó con mi cerveza. Esta vez se esperó, sonriente. Cuando me la volví a liquidar de un trago, le pedí otra, y su sonrisa se amplió aún. Estaba decididamente dispuesto a considerarme un amigo. Le sonreí con la misma simpatía, y se alejó.

Eché un vistazo al periódico local que había comprado. Nada importante. En portada venía un titular: «La policía detiene al conductor que negó auxilio al autobús accidentado».

Luego, volví al contenido de la bolsa.

Y entonces, me vi de pronto acompañado.

Tres montañas de individuos se sentaron en las sillas libres que rodeaban mi mesa. Tenían cara de pocos amigos.

Con la simpatía que me merecen los mediterráneos, suelen tener unos rasgos inquietantes cuando se ponen a ser inquietantes. Por otra parte, he tratado con suficientes mañosos como para reconocer

a un tipo que no es de fiar. Éstos eran de la peor especie.

Uno de ellos puso encima de la mesa una bolsa de plástico, como la de Harrod's, pero de un almacén local. «La galería de los Apreciados», me pareció leer. Pero, por el ruido que hizo al ponerla sobre la mesa, debía tener algo muy pesado dentro. Mucho. Una herramienta metálica, desde luego. Y la parte más cercana a mi persona era como el extremo de un cilindro hueco, algo preocupantemente familiar para mí.

—Bien, ¿dónde está? —dijo uno de los desconfiables.

Respondí lo que era lógico responder.

—¿Donde está qué?

No debieron encontrarlo tan lógico, porque algo muy muy duro se apoyó violentamente contra mi rodilla, bajo la mesa.

El mismo individuo que había preguntado, poseedor de un soberbio bigotazo que dejaba al del policía de Londres a la altura de una zapatilla, y unas cejas que no desmerecían nada, respondió:

—Lo sabes perfectamente. Y no estamos aquí para tomar el sol. El caballo. ¿Dónde está el cargamento?

Miré a los otros dos. Uno de ellos mantenía apoyado contra mi pierna el objeto duro. El otro llevaba una bolsa de deporte del color verde oscuro del Ejército, y con el escudo de las Fuerzas Armadas españolas. Pero parecía demasiado crecidito para estar haciendo la mili. Dentro, fuera lo que fuese, llevaba algo muy pesado. Demasiado pesado.

Bien, los tres iban armados. Y yo no sólo no tenía nada que usar para defenderme, sino además ni remota idea de a que se referían. Sólo intuía que alguna relación podía haber entre lo ocurrido en Londres y esto.

Mientras intentaba encontrar una respuesta que me hiciera ganar tiempo, vi al camarero aparecer con mi cerveza. Tuve una repentina inspiración, una de esas intuiciones que, aunque esté mal decirlo, me han hecho vivir lo que he vivido.

Cogí el periódico de encima de la mesa y, cuando el camarero estuvo cerca, pellizqué la primera página aprovechando el doblez central. Hice con eso dos dobleces más agudos, justamente bajo las palabras «policía» y «auxilio» del titular de primera página. Todo

ello con la suficiente rapidez y con gesto lo bastante banal como para que resultara desapercibido, por fortuna, los tres inquietantes dedicaban su atención a la llegada del camarero.

—Los señores tomarán limonada —dije—. Y por cierto, la cerveza está caliente.

Lo dije con rostro de póquer, pero esperé que el camarero se diese cuenta del cambio de actitud. Luego, le tendí el periódico:

—Ah, y puede llevárselo, ya lo he leído.

El hombre se retiró, con el diario. Aprovechando que quedaba frente a mí, le seguí con la vista mientras se dirigía al barracón del bar. Al entrar en él, me dirigió una mirada de tremenda extrañeza. Yo no podía hacerle seña alguna, pero le mantuve la mirada.

—Bien, voy a repetirlo. ¿Dónde está el cargamento? ¿Qué has hecho con él? —dijo el tipo del bigote.

Tenía una voz cavernosa, aguardentosa, profundamente desagradable. Pero yo tenía que intentar ganar tiempo.

Por una ventanilla del barracón, pude ver al camarero atisbando con precaución. La cabeza de un individuo algo mayor asomaba a su lado. La cara de ambos era de alarma. Supuse que lo habían captado, que el mensaje había llegado a su destino.

El que salió del barracón un momento después fue el otro tipo, poseedor de una brillante calva. El camarero permaneció en la ventana, haciendo como que trabajaba en algo, pero echando una mirada de vez en cuando.

¿Han leído los artículos de la Guerra Civil Española de mi compatriota Hemingway? En uno de ellos habla de un taxista tremendamente eficaz y bien informado que recorría la Gran Vía de Madrid con su coche, zigzagueando, bajo las bombas de Franco. El viejo Don Ernest decía entonces: «Se puede apostar por Hitler, por Mussolini, por Franco o por la República. Yo apuesto por mi taxista». Estoy de acuerdo. Lo mejor de Madrid, y de España, es este tipo de gente.

Pero mis inquietantes se impacientaban. Y un inquietante impaciente puede ser peligroso. Tres juntos, aún más.

—Bueno, ¿vas a hablar de una vez? Puedes elegir entre decirnos dónde está el caballo, o quedarte aquí, muy frío. Para nosotros será algo más incómodo, pero…

—Según mis noticias —dije—, está ya en Madrid.

—Más te vale —dijo el olio—. Pero ¿dónde?

Ganar tiempo y tratar de saber algo. Ya que me veía obligado a mantener conversación con aquellos tipos, al menos intentaría llegar a alguna parte.

Decidí jugar fuerte.

—La chica. Lo tiene la chica.

Me arrepentí de haberlo dicho. Si Paloma era inocente, aquello podía ponerla en peligro.

—¿Qué chica? Nadie habló de una chica. Dijeron un guiri con una bolsa de
Harrod's
. Tú eres un guiri y tienes una bolsa del sitio ese.

Ahora teníamos algo. No es que me hubieran seguido, era la bolsa y mi aspecto de extranjero. A lo mejor todo era una coincidencia.

Allá lejos, entre los árboles del parque, habían aparecido dos policías a caballo. El camarero de la calva brillante les señalaba el lugar donde estaba yo con mis queridos acompañantes. Por fortuna, los guardias estaban demasiado lejos para ser vistos por los gorilas. Uno de los de a caballo empuñó un walky-talky para comunicarse con alguien.

—La chica —insistí. A pesar de lo peligroso que pudiera resultar, tenía que comprobar si Paloma estaba o no implicada—. Es la chica quien tiene el caballo. Es con ella con quien tienen que hablar.

Yo estaba atento mientras tanto a otro tipo de caballos, a los que montaban los guardias. Entre otras cosas, porque sabía que si los policías se mostraban un poco más, podía armarse.

—Nada de chicas. Carrascosa dijo un guiri sentado aquí, con una bolsa con un letrero como éste. —Y señaló la de Paloma—. Aquí lo pone: «Arrós».

No podía reírme de la pronunciación del tipo. El momento no era el más adecuado. Además, me había vuelto a declarar la inocencia de la condesa.

No lo hubo para casi nada en los minutos siguientes. ¿Se acuerdan de mis deseos de descanso, allá en Heathrow? Hasta entonces, a pesar de los interrogatorios londinenses, a presar de Zenna, a pesar de mis andanzas en plan Sherlock Holmes por Madrid, se habían cumplido más o menos. Un instante después, ese

especial destino mío que se empeña en llevarme rodando y dando traspiés por medio mundo, vino a materializarse. Había podido ser, con todo, un apacible viajero. De pronto, volví a ser Indiana James.

Con todo lo que eso significa.

¿No se imaginan?

Capítulo III

Fue todo muy rápido. Los policías a caballo seguían allí, a lo lejos, y uno de ellos hablaba por radioteléfono. El camarero de la calva, nerviosamente, se frotaba las manos.

Por uno de los paseos cercanos, el único por el que podían circular vehículos, se acercó un todo-terreno. Uno de esos pequeños Suzuki 4 × 4, que ahora los fabrican también en España. Se detuvo a cierta distancia de donde estábamos los cuatro sentados a la mesa.

Justo entonces, por uno de los paseos de tierra, aparecieron dos motocicletas de la policía española. Y lo hicieron con la habitual discreción tan propia de todos los policías del mundo. Procurando «pasar desapercibidos», «de incógnito»… Encantadores ellos: con las sirenas a todo gas, la radio a todo volumen, los intermitentes azules puestos y el motor de las máquinas atronando. Muy policial, desde luego. No volveré a pedir ayuda a la policía jamás, juré.

Uno de los inquietantes, el de la bolsa militar, que estaba a mi izquierda, los tenía enfrente según llegaban. Fue el primero en ponerse en pie de un salto, gritando:

—¡La bofia! ¡Mierda, los maderos!

Y de la bolsa hizo salir un bonito ejemplar del subfusil español «Z-62», parecido al «Benelli» italiano pero sin empuñadura delantera.

Los dos policías de a caballo saltaron a tierra, y corrieron hacia nosotros. El camarero mayor sujetó las riendas.

Y justo entonces, por la izquierda de donde yo me encontraba, apareció un Land-Rover de la policía municipal madrileña.

En cuanto a mí, todo lo que había hecho hasta entonces era

mirar en todas direcciones y anotarlo mentalmente todo. Había que actuar, si no quería encontrarme en medio de un verdadero enjambre de abejas de plomo, zumbadoras y hambrientas.

Así que actué.

La bolsa de plástico seguía encima de la mesa, y en mi rodilla estaba apoyada aún la otra boca de luego, fuera del tipo que fuese. Así que se imponía hacer una sola cosa.

La hice, claro.

De una patada envié la mesa por alto mientras me dejaba caer, con silla y todo, hacia atrás. Eso tuvo varios efectos. El bigotudo inquietante que había llevado el casi-interrogatorio recibió un impacto de su misma pesada pistola en plena cara, a lo que siguió el tablero de la mesa. Y en cuanto al otro esbirro, la pistola salió rodando de sus manos, para ir a detenerse unos metros más allá. Más cerca, de todas formas, de lo que yo hubiera querido.

Yo caía de espaldas, pero había iniciado va el movimiento hacia un lado antes de llegar al suelo. O sea, que me encontré rodando con toda mi humanidad entre mesas, sillas y estrépito diverso. Lo único que podía salvarme de una bala era armar mucho follón, hacer volar muchas sillas, que todo bailara mucho para que no pudiera nadie afinar la puntería.

Los que sí lo hicieron fueron los policías. El mejor, uno de los de a caballo. Disparó sólo dos veces, pero cuando dejó de hacerlo, el matón del subfusil ya no sostenía su herramienta ni disparaba con ella. Era sólo un inútil montón de carne humana derrumbándose entre las mesas.

De los dos de las motos, tan discretos ellos, uno había logrado desenfundar y disparaba como si el plomo se lo regalaran. Milagro fue que no le diera a alguno de sus compañeros. El otro, nervioso, no consiguió poner a tiempo el caballete de la moto y ésta, con los intermitentes aún en danza, se le vino encima. Para cuando consiguió enderezarla, la fiesta había terminado, y él se la había perdido. Bravo por los motoristas de la policía.

Quedaban los del Land-Rover. Que bastante tuvieron con mantener a raya a los dos que yo había desarmado. Pero éstos, tras una rápida comprobación de lo negra que estaba la cosa, decidieron levantar las manos y rendirse. No debían haber nacido para héroes.

Me levanté con todo cuidado de entre el desbarajuste de sillas y

mesas. Mi intención era darle un abrazo al camarero descifrador de mensajes y a su compañero de la calva, pero pronto caí en un detalle.

Había dado un rápido vistazo alrededor, como las antenas de radar, y en mi propia pantalla cerebral se había encendido un puntito. No hacía «BLIP» pero como si hubiera hecho
«NA
NG-NANG-NANG
».

Una bolsa de
Harrod's
.

Y un tipo con pinta de extranjero.

Estaba de pie al lado del Suzuki, contemplándolo todo con ojos desencajados, como sin dar crédito a lo que veía. Estaba vestido con una de esas chaquetas de leñador canadiense, roja, con rayas escocesas. Llevaba una gorra extraña, de esas que sólo un turista es capaz de ponerse, y no en su país desde luego. Y en la mano llevaba una de las malditas bolsas de los dichosos almacenes londinenses.

Entendí algo. Lo suficiente. Para qué más.

El tipo debió de entenderlo también, y desde luego me vio mirándole. Pero entendió probablemente que lo mejor era quitarse de en medio lo antes posible, y se giró para subir al coche casi de un salto.

Grité, con todos mis pulmones:

—¡A él! ¡El del Suzuki! ¡No lo dejen escapar!

No sé lo que entenderían los polis de todo aquello. Más bien pienso que tuve bastante suerte de que, en las dudas, no me metieran una bala a mí también. Pero lo importante es que me hicieron caso. Y aún estaba arrancando el pequeño todo-terreno cuando ya el otro, el grande, el Land Rover, se ponía en marcha hacia él. Al volante había un policía, mientras sus dos acompañantes encañonaban a los matones, ayudados por uno de los motoristas.

El otro, el experto que no había llegado a desenfundar, decidió redimir sus culpas, y puso en marcha la moto, saltando encima de ella con gesto hollywoodiano.

Y yo no quise ser menos. Fuera quien fuera, el tipo aquél tenía la

solución de mis problemas, o una aproximación bastante considerable. Así que no estaba dispuesto a perderme la caza.

Y el «vehículo» más cercano era uno de los caballos, que para colmo estaban en las manos de quien yo consideraba mi aliado, el camarero calvo.

Además, ¿no soy norteamericano? ¿Quién ha enseñado a medio mundo lo que es una película del Oeste? ¿A quién le correspondía el papel estelar, a falla de John Wayne?

Me puse donde los caballos en tres saltos y dos tropezones con las mesas, hice un rápido gesto al camarero y sallé sobre la silla. Exactamente como si no hubiera hecho otra cosa en toda mi ajetreada existencia. Aunque la verdad, estoy más familiarizado con las monturas mecánicas que con las de carne, hueso y crines.

Pero el bicho respondió. Tampoco quería perderse la película.

Estuve por gritar
«Hi-ho
, Silver», pero mejor no exagerar, ¿no creen?

O sea que clavé espuelas inexistentes, o más bien fue un doble talonazo en los flancos del pobre bicho, que salió hacia delante con un reprís digno del mejor Ferrari.

No es que fuera un pura sangre, sino más bien un pobre animal bastante entrado en años y lleno de porrazos, pero debió de sentir que era una ocasión única para tener algo que contar a los compañeros de cuadra, o sea que respondió:

Y ahí empezó todo.

El del Suzuki, apenas el motor en marcha, pegó un volantazo que por poco hace que el trasto levante las ruedas del suelo por uno de los lados. En el corto espacio de anchura del paseo, consiguió girar, aunque llevándose por delante un trozo del seto que cerraba por ese lado la calzada. Primer destrozo para los contribuyentes madrileños.

Fue suficiente, sin embargo. El cochecillo rugió, arrancando a todo lo que daba el motor, casi levantando las ruedas delanteras, y salpicando hacia atrás tierra y piedras del paseo. Emprendió carrera como si de un París-Dakar se tratara.

Pero detrás, a escasos metros, se lanzó hacia él la mole casi de tanque del Land-Rover blanquiazul, conducido por un municipal deseoso de demostrar que si no hay más pilotos españoles en

Fórmula Uno es por lo injusto que es Bernie Ecclestone. El monstruo policial llevaba enganchada en el guardabarros delantero una mesa del bar, que indicaba su paso por el escenario de la batalla anterior. Pero probablemente el guardia no se había dado ni cuenta.

El siguiente en carrera era el motorista, que a buen seguro tenía en la mesita de noche de casa una foto del campeón español Ángel Nieto, y le rezaba por las noches. La manera como tomó la curva para enfilar el paseo donde había aparcado el Suzuki demostraba que se había tragado todas las retransmisiones deportivas por televisión del campeonato del mundo de motorismo. Bajaba la rodilla hacia el asfalto como si en lugar de la decrépita BMW con veinte años encima llevara una Honda con dieciocho árboles de levas en cabeza.

Y luego iba yo. Para qué contarles más.

El Suzuki, allá delante, se había tragado lo que quedaba del paseo (lo de paseo, es un decir) antes de darse cuenta. Giró a la derecha con un nuevo volantazo brutal, y enfiló otra calzada más pequeña. El minúsculo motor rugió de nuevo, y el trasto volvió a encabritarse.

Tras él, como un rinoceronte furioso persiguiendo a una gacela, el Land-Rover derrapó un tanto, pero consiguió enfilar la calzada estrecha.

Un grupo de paseantes saltó de cabeza dentro de un seto, huyendo de los dos ases del volante y sus monturas. No habían asomado aún cuando pasó la rugiente moto, y luego yo. Mi cuadrúpedo se estaba portando.

Allá delante, el del Suzuki debió de tomar nota del derrapaje de su voluminoso perseguidor, porque decidió aprovechar la diferencia de tamaño en beneficio propio. Giró en torno a un árbol para ir a la izquierda, luego hizo lo propio hacia la derecha, y por fin se zambulló entre dos setos muy próximos.

El Land-Rover lo intento. Al llegar al primer árbol, volantazo a la izquierda. Gemidos del coche como si lo estuvieran torturando, derrapaje, pero éxito: pasó.

En el siguiente árbol saltaron trozos de corteza al ceñirse el policía al interior de la curva como un verdadero salvaje. El seto del otro lado recibió la trasera del coche como una apisonadora, y quedó hecho puré, pero no detuvo al vehículo.

Quedaba el doble seto. El Suzuki había pasado justo, pero el Land-Rover llegó en plan apisonadora. Todo lo que era vegetal en uno de los costados quedó como para dar trabajo a un ejército de jardineros. Al policía le iba a costar la paga del mes, pero no abandonaba.

Y los de atrás, fieles seguidores del pelotón de cabeza, allá fuimos.

Algo más allá había un ensanche del pequeño paseo bordeado de setos. Una apacible plaza, pequeña y sombreada, con unos cuantos bancos y una artística fuente en medio. En la fuente, un angelote barrigudo levantaba un brazo para señalar al infinito entre los árboles. Y en uno de los bancos había una pareja empeñada en no dejar que circulara el aire entre sus cuerpos.

El Suzuki entró en la plaza como deben hacerlo los toros de las corridas de ídem españolas: le faltó dar un mugido. Giró un poco alrededor de la fuente, se cargó un costado, y atravesando la plaza siguió a todo gas por el paseo opuesto.

De la fuente rota salió una ola gigantesca, que dejó a la pareja como las víctimas de las inundaciones: aislados en lo alto del banco, rodeados de agua por todas partes.

El Land-Rover, menos maniobrable, no pudo girar. Embistió la fuente como si el angelote fuera torero y hubiese olvidado usar la capa. ¿Los ángeles no están hechos para volar? Pues eso hizo la figura central de la fuente. El capó del Land-Rover despejó el balón-ángel, y marcó gol, rozando la cabeza del chico por un lado, y la de la chica por el otro. Cuando yo pasé, detrás del motorista, aún no habían cerrado la boca ninguno de los dos.

Pero el tipo del Suzuki debía de estarse impacientando, porque hizo lo posible para que el poli lo dejara tranquilo de una vez. Había llegado delante de un edificio bastante interesante, todo de cristal, con una bóveda redondeada, que parecía más bien un invernadero de dimensiones *king size*, pero sin filtro. Delante de ese edificio había un lago, con un surtidor en medio, y alrededor un montón de patos. Por lodo el borde del lago corría un caminillo muy romántico, que pasaba por una especie de glorieta o castillete o qué sé yo, de piedra sin tallar, hecho para que las parejas de jóvenes se arrullaran mirando al lago.

Pensé «¡no!».

Pero el del Suzuki debió pensar «¡sí!».

Enfiló recto hacia el castillete, como un perro rabioso.

Se coló por el arco de entrada como león que salta por el aro bajo el látigo de un buen domador.

Dentro había otra pareja. Salieron de cabeza hacia el lago mientras el banco en el que estaban sentados, enfilado por el parachoques del todo-terreno, volaba por el arco de salida hecho astillas, delante del coche. El tipo debía ser un misógino, o un reprimido, o desde luego estaba en contra de los enamorados.

Me temí lo peor. Y sucedió.

El Suzuki se había colado por el castillete justo, justo. Rozando por un lado, por el otro, y por arriba.

El Land-Rover, evidentemente, no pasaba, pero el policía lo comprendió justo delante de la entrada.

Pensé «adiós castillete, los madrileños van a tener que pagar bastantes más impuestos municipales de ésta».

Pero, no.

El pobre guardia, respetuoso del patrimonio fijo, decidió sacrificar el rodante.

De un volantazo, el último de la serie, evitó el castillete…

… Y con un sonoro «SSSPLASSSHHHH» se zambulló entre los patos, no lejos del surtidor, en pleno lago.

Creí que el motorista se pararía a prestar ayuda a su colega, pero, no. Enfiló por el aro recién atravesado por el león, muy contento de saber que la responsabilidad municipal de la persecución recaía sobre sus hombros. No creo que supiera siquiera a qué venía todo aquello, pero debía pensar, como yo, que quien huye, algo teme. Y también que aquel tipo tenía algunas claves interesantes de todo aquel *show*. O bien, sencillamente, los policías madrileños habían resultado ser marchosos, y estaban encantados de sacudirse la monotonía del patrulleo.

Cuando pasé yo, en mi fiel cabalgadura que tan bien se portaba en los caminos de tierra, el pobre municipal aún estaba intentando salir del Land-Rover, del que sólo sobresalía del agua el techo blanco con los intermitentes y la sirena. Le acosaban los patos, furiosos con el intruso que les había dado un susto de muerte. Y encima el surtidor insistía en rociarlo de agua. El municipal aspirante a la Fórmula Uno se merecía mejor destino.

Algo más acá, la pareja de enamorados, chorreantes, aparecía en superficie, preguntándose aún qué era aquello.

Pero el Suzuki se alejaba, el motorista motocrosseaba entre los árboles Iras él, y yo no podía pararme a hacer el buen samaritano. Seguía animando a mi montura, para sorpresa de los paseantes, que bastante habían tenido ya con ver a los que iban delante mio, para encontrarse ahora con John Wayne en pleno western callejero.

Si el tipo de la chaqueta canadiense había sentido algún alivio al librarse del Land-Rover, le duró poco. La BMW del patrullero era adversario más peligroso aún que el coche municipal, sobre todo en territorio tan lleno de obstáculos como un parque. Y debió darse cuenta de ello, porque la distancia, que había disminuido un poco al principio, volvió a aumentar en seguirla entre moto perseguidora y todo-terreno perseguido. El del Suzuki pareció que perdía, de pronto, las escasas inhibiciones que había tenido a la hora de escoger camino, y enloqueció ya del todo.

Giró a un lado, torció violentamente a otro, zigzagueó entre los árboles. La BMW le siguió puntualmente, como perro que persigue perra. Mi caballo empezaba a dar señales de que aquello no era lo suyo, para muestra basta un botón, y para contar a los demás cuadrúpedos ya había de sobra. Pero cuando daba alguna señal semejante, yo le atizaba un par de talonazos, procurando poner los pies lo más abajo posible, a ver si le alcanzaba ciertas partes delicadas de la anatomía. La amenaza debió de parecerle suficiente, porque siguió galopando.

El Suzuki, en cabeza del pelotón, giró ahora a la izquierda, desembocando en un paseo asfaltado, lleno de gente. A la derecha había un estanque lleno de barcas con inocentes domingueros que remaban. El tipo de la chaqueta canadiense, sin frenar, embistió a los paseantes a lo largo del estanque. Hubo quien se tiró al agua de cabeza y todo. Un vendedor de globos soltó el manojo entero, que emprendió veloz camino hacia la estratosfera. Un colegio de niñas, con monja incluida, desapareció de la circulación en un solo grito colectivo, parecían las cuentas de un collar desparramándose a la vez, en todas direcciones. El Suzuki, ni caso. Luego el motorista, dispuesto a cobrarse la pieza al precio que fuera. Y detrás, yo, el último, o el tercero, según quieran contarlo.

Extremo del paseo, siempre con el estanque a la derecha. El

cochecillo japonés made in Spain llega derecho a una especie de monumento, en torno al cual hay los típicos hippiosos pintadores de suelos. Ni caso. Les embiste, y alguno hay que hasta se traga la tiza y todo. Frenazo del
4×4
para dar la curva, y doble trazo, negro y ancho, sobre el arte callejero. De nuevo a la izquierda el coche, seguido por un montón de palabrotas poco elogiosas para la madre y el padre del conductor (es una costumbre latina, eso de hacer responsables a los padres de las culpas del hijo), en varios idiomas, italiano, español, francés…

Pero justo cuando están levantándose del suelo, en pleno insulto, el motorista se cuela entre ellos, nuevo frenazo y nuevo destrozo de labor artística. Más tacos. Y se vuelven entonces, a ver si hay más interrupciones, y la interrupción soy yo, y a mi árbol genealógico le llega el turno de ser cubierto de mierda.

Lo bueno de un caballo es que piensa por sí solo, en eso lleva ventaja a una moto, por ejemplo. Quiero decir, que uno puede hacer lo que yo: cerrar los ojos, agacharse en la silla y dejar que sea el cuadrúpedo quien atraviese el montón de gritadores. Buf.

Aquello estaba durando demasiado, pensé mientras girábamos a la izquierda por donde lo habían hecho los dos de cabeza. Mis riñones empezaban a gritar la falta de entrenamiento en el deporte de la equitación. Un cierta parte carnosa de mi anatomía, algo hacía pensar que me iba a brotar de un momento a otro una ampolla monstruo, como para no poder sentarme en años. El caballo soltaba ya por la boca una espuma más espesa que la de las cervezas que me acababa de despachar no hacía mucho. Pero allá en cabeza, aquel par de locos no paraban, y uno no quería ser menos, qué diablo.

Le tocó el turno a unos jardines de estilo francés, en plan Versalles. Conforme yo llegaba a ellos, más parecían estilo Verdún, o el Marne, o una batalla de aquellas de la Primera Guerra Mundial en las que todo quedaba tipo paisaje lunar cuando dejaban de pegarse tiros unos a otros. Los jardineros del parque nos iban a soñar. Mi pobre madre, tan limpia ella, con la lengua que tienen los españoles para maldecir…

No hacía falta esforzarse para saber por dónde iban coche y moto, allá delante, aunque mi cuadrúpedo se retrasara por

momentos. El rastro era evidente en el suelo, en los setos, incluso a través de los jardines. Pero por si fuera poco, de cuando en cuando había señales inequívocas. Un pintor con la cara tiznada de todos sus óleos y su amado lienzo debajo, como manta en picnic. Un vendedor de caramelos y baratijas, sentado en medio de su surtido, que aún rodaba por el suelo al pasar yo. Un honorable padre de familia ayudando a salir del agua a su no menos honorable esposa, mientras me señalaba amablemente por dónde seguir camino, a base de maldiciones y puño cerrado. Un cura, de los que aún llevan sotana, que de todo se encuentra en Madrid, santiguándose a toda velocidad una y otra vez mientras levantaba el breviario hacia donde había pasado lo que debía tomar por el diablo en persona y chapa… Una variedad muy curiosa de señales indicadoras.

Pero de pronto, pensé que la cosa se acababa, y el del Suzuki se iba a salir con la suya. Desemboqué en un espacio abierto, como unos jardines más en plan Versalles aún, construidos en una hondonada. Al fondo había una gran verja, y al otro lado se veía circulación de coches. Y el museo ese donde han puesto el *Guernica* de Picasso. Si el perseguido conseguía salir del parque, lo tendría fácil ya, y desde luego yo no podría seguirle.

Lo que pasó fue que el terreno fue favorable… para mí. Desde luego no para el motorista.

He dicho que los jardines estaban en una hondonada. Para bajar a ella había unas escaleras muy borbónicas, muy francesas, muy Luis qué-sé-yo. El Suzuki hala, se lanza por ellas. Parecía que lo habían metido en una trituradora, pero al final, de salto en salto, llegó abajo. La BMW le siguió.

Era un modelo antiguo, nada de esos monstruos que me han inventando ahora para el París-Dakar. La suspensión debía ser muy buena para carretera, pero no era de las de *cross*. El conductor no tardó en comprobarlo.

A pesar de todo, bajó las escaleras. El policía incluso se puso de pie en las estriberas y todo, deportivamente… o más bien para que los riñones le siguieran sirviendo el resto de su vida para algo. Pero llegó abajo desequilibrado. Le derrapó la moto de trasera. Corrigió con un golpe de manillar, y se fue de frente contra un seto.

Un seto fuerte, robusto. Un señor seto. Un seto de muchos años, que debía tener troncos más que respetables en el interior, bajo las

hojas. Un seto que frenó de golpe la respetable masa de la BMW, haciendo que la trasera se levantara por los aires…

… Y el pobre motorista saliera catapultado hacia unos cipreses artísticamente recortados por generación tras generación de expertos jardineros municipales. Quedó allí arriba, incrustado, pataleando, clavado de cabeza entre los cipreses, y maldiciendo con toda la fuerza de la lengua castellana, que para esto es muy eficaz y tiene un repertorio bastante amplio. Los españoles, sobre todo en Madrid, lo saben, y lo usan con generosidad, ya digo. Policías incluidos.

No tenía tiempo de pararme a auxiliarlo. El Suzuki se escapaba, y con él las claves de todo el lío. No estaba dispuesto a permitirlo.

Pero ya dije que el terreno me era favorable. Porque el Suzuki, por poco respeto que tuviera a la jardinería artística, por mucho que se dedicara a machacar los setos más pequeños y sólo contorneara los grandes, se vio frenado por el montón de parterres o como se llamen, rectangulares, alargados, estrechos. Como las barreras de un concurso hípico. Una serie de barreras que eran obstáculos considerables para el coche… y lo eran mucho menos para el caballo.

Lástima no haber tenido más tiempo para intimar, mi cabalgadura y yo. Me hubiera gustado conocer su biografía. El bicho, en su lejana juventud, debió haber participado en concursos de esos de salto a caballo, seguro que con algún jinete delgadito y elegante, cosa muy distinta de los municipales fortachones que le habían tocado luego. El caso es que, de pronto, el muy cuadrúpedo se rejuveneció, de un golpe. Casi sin que yo lo azuzara, se lanzó derecho hacia el primer seto, juntó las patas delanteras con un estilo de la mejor escuela, que parecía británico el tío, o el caballo, y salto limpiamente el seto de un lado, y el del otro. Así con cinco o seis de los rectángulos aquellos. Saltaba, ponía en firme los cascos un momento, volvía a levantarse en un solo y limpio salto de esos que los ingleses dibujan para las escenas de *hunting fox* que cuelgan en las paredes de los *pubs*, y a otro. Qué tío. Qué caballo. En el futuro iba a ser, seguro, el héroe de la cuadra de la policía.

O sea, que para cuantío desembocamos en la avenida central, venga a espantar paseantes otra vez, íbamos pegados. Incluso le vi volver la cabeza al conductor, como si el espejo retrovisor no le

bastara para calcular distancias, o a lo mejor era que no daba crédito a sus ojos. Pero lo arregló acelerando aún más, y echándonos encima todo el polvo, gravilla y briznas de hierba que las ruedas del
4 × 4
podían levantar del suelo, con toda la mala intención del mundo.

Vi lo que iba a pasar. Juro que lo vi.

Pero ¿qué podía hacer uno?

He dicho que el parque, por donde aquel jardín, estaba cerrado por una gran verja. Una verja muy artística, para variar, de barrotes de fundición de cuando el hierro no se dedicaba más que para esas cosas, o sea que eran generosos empleándolo y echándole centímetros de diámetro a las rejas. Bueno, pues a un lado y a otro del gran portón central, que estaba cerrado a cal y canto, o mejor dicho a cerrojazo y candado monstruos, había dos puertas más pequeñas. Muy pequeñas. Para que pasaran los peatones, no los Suzuki
4 × 4
. Era evidente. O debía serlo para cualquiera que estuviera en sus cabales.

Pero al tío con pinta de guiri, que habían dicho mis inquietantes; al de la chaqueta canadiense roja y la ridícula gorra; al maldito tío de la no menos maldita bolsa de los contundidos se vean almacenes londinenses (como verán, lodo se pega, incluido lo de las maldiciones madrileñas)… al conductor perseguido, digo, se le debía haber acabado el sentido del cálculo. O quería acabar de una vez. O estaba ciego ya. O qué sé yo, el muy bestia.

Porque enfiló la puerta, tomándola por un seto más. Derecho como remate a puerta en tarde gloriosa de campeonato del mundo de fútbol. Y el Suzuki se estrechó, pero no tanto. Mucho balón para portería semejante.

Hubiera cerrado los ojos, de haber podido. Pero ahora no podía.

Las alelas de los dos lados del pobre cochecillo se quedaron atrás, desintegradas, contra los lados de la verja. El chasis y todo el centro del coche pasaron, pero cómo pasaron. Sólo de verlo, me pareció que era a mí a quien estaban arrancando la piel a tiras. Como cuando te han hecho un vendaje poniendo esparadrapo como saben hacerlo algunos sádicos disfrazados de médico, y luego te lo

quitan de golpe diciendo que así duele menos.

Y lo peor no fue eso. Lo peor fue que al otro lado, cerrando la acera para impedir que los peatones se metieran entre el tráfico, a dos metros o así de la verja, había una valla metálica. Recia, sólida, bien plantada. Resistente. Una valla para la que todo el metal que pudiera haber echado el fabricante para construir el Suzuki no era más que una leve molestia.

No sé si el conductor contaba con poder girar en el corto espacio de la acera. A lo mejor fue eso, y por una vez sobrevaloró las posibilidades del cacharrito. Sobre todo cuando la verja se había encargado de «canalizarlo». Debía haberse cargado la dirección, además.

El caso es que lo intentó. Probó a pegar un volantazo a la derecha. Pero no consiguió más que pegar en la valla con la rueda izquierda por delante en vez de hacerlo de frente.

La trasera se levantó, dejando la rueda delantera pegada a la valla.

Todo el coche se puso de pie, giró en el aire, saltó dando una voltereta sobre sí mismo…

… Y cayó en la calzada, con el techo preparado para tocar el suelo en primer lugar.

Se aplastó como una caja de cerillas, con una especie de gran CRUUNNCÍL.

¿He hablado ya de cómo se conduce en España? ¿De la Fórmula Taxi madrileña? ¿De la línea recta de las Hunaudiéres, la de las 24 horas de Le Mans, que los españoles trasladan a cada calle un poco larga, a cada momento? ¿No lo había dicho? Pues lo digo ahora.

El taxista que llegó primero quiso frenar. Pero los que venían detrás no le dejaron.

Así que el choque lanzó lo que quedaba del Suzuki hacia el otro lado de la calle.

Por donde, claro está, venían otros doscientos locos, los primeros de los cuales quizá también quisieron frenar. Es posible. Nunca hay que pensar mal.

Pero no lo consiguieron.

Así que los restos del Suzuki, por un momento, fueron como la pelota de un futbolín callejero, en manos de cuatro o cinco críos que quieren aprovechar los cinco duros para jugar todos.

De un lado al otro, del otro al uno, de chocar con un Seat a ser despejado de cabeza por un Renault fabricado bajo licencia. Del golpe contra un taxi al choquetazo contra una furgoneta de reparto. Si Picasso levanta la cabeza, seguro que pinta otro *Guernica,* éste callejero y automovilístico, y lo pone junto al otro, allí mismo en el museo.

Todo terminó muy pronto. Fue muy rápido. Apenas tirar yo de las riendas de mi jadeante cuadrúpedo, y detenerme en la misma reja, a cubierto de los trozos de chapa que volaban.

Todo terminó de la misma forma que se hace cuando se le cae a uno una moneda y se pone a rodar: se la para en seco de un pisotón.

Eso fue lo que hizo un Barreiros Nosécuántos. Un camión de cientos, o miles, o muchas toneladas. Frenó para evitar la pelota de chapa rodante, pero frenó encima.

Sólo fue un largo HIIIIII seguido de un seco CRRASH.

Y luego, el silencio, durante unos segundos.

En seguida, los coches lejanos empezaron a pitar. Eso también es muy de Madrid.

Descabalgué del noble bruto que tan bien se había portado, y fui hacia el montón informe de chapa que había sido un bonito todo-terreno.

Entre la chapa había algo más parecido a esos desechos que en las carnicerías te regalan para que coma el perro, que a algo humano. Y jirones de tela rojiza, con rayas negras.

Había algo más. Un polvillo blanco, por todas partes. Como si hubieran echado polvos de talco sobre los restos, y debajo, y alrededor.

Pero no era polvo de talco, claro.

Hice como el policía londinense había hecho en Heathrow, lo mismo que suelen hacer en las películas. Pero no dije nada. Para qué.

No entiendo mucho de ese tema, pero aquello era cocaína, estaba muy claro. Enormes cantidades de cocaína. Todo un cargamento, que dirían los inquietantes.

Me pregunté qué habría sido de la bolsa de
Harrod’s
.

CAPÍTULO IV

¿Por qué será que, con la poca simpatía que le tengo a los policías, me paso la vida tratando con ellos? Los había llamado yo esta vez, pero…

Entendámonos.

Hay un tipo de policía que puede caerme hasta bien y todo. Por ejemplo, el del Land-Rover, que se había ganado el sueldo, el hombre. El motorista, algo menos, pero también. Un tipo de gente, o de agentes, que se toma el oficio en plan deportivo y resulta hasta de esas personas con las que es agradable echar una copa de vez en cuando. Pero es que luego están los otros.

Si hay algo peor que un burócrata, es un burócrata policía. Hay ciertos homínidos que ven la vida como un formulario por rellenar esquemáticamente, lleno de apartados a), b) y c), con subapartados y notas a pie de página, con copia y estadillo. Ya me entienden, ¿no? Se los topa uno de vez en cuando, y amargan el día desde ese momento. Con ellos te gustaría echar una copa, sí, pero la suya que fuera de vitriolo, a ser posible.

Bueno, pues me tocó otra vez repetir el capítulo de Londres, pero ahora corregido y aumentado. Al fin y al cabo, entonces no había yo hecho más que ser sospechoso, y tenía ciertas notas de credibilidad que compensaban mi tenencia ilícita de droga. Vale. Pero ahora yo había sido responsable, directo o indirecto, de un tiroteo, una violenta persecución con abundante deterioro del patrimonio público (eran las palabras del policía más plomo de todos los que me interrogaron), un accidente de tráfico con resultado de muerte y qué sé yo cuántas cosas más. O sea, que estaba listo. Y todo eso, pretendían los tíos que se lo explicara yo de forma razonable y razonada. O sea, al alcance de la comprensión de

un policía burócrata. ¿Recuerdan lo de la cuadratura del círculo? De escuela de párvulos me parecía.

Los dos «inquietantes» que aun seguían vivos, por supuesto, ni abrir el pico. Profesionales ellos, faltaba más. Como no era la primera vez, sabían de comisarías, interrogatorios, derechos constitucionales y trucos varios, como para darle clases al mejor abogado. Profesionales, oiga. El culpable era yo. Casi parecía que yo les había puesto las armas en la mano, y había llenado el Suzuki de cocaína, y se la estaba colocando con amenazas, extorsión, premeditación, alevosía, y a punto estaban de añadir nocturnidad.

Y por mi parte, ¿cómo podía explicarme? Para empezar, ¿qué hacía yo en Madrid? ¿Buscar a una arqueóloga inexistente? De ligue, ¿no? Pero sin señas, claro. No les dije lo del Palacio Real, por supuesto Sólo faltaba implicar en semejante *show* a la monarquía española, y verme mezclado en una conspiración internacional antimonárquica. La evasiva de Paloma había estado bien como eso, como salida para darme plantón, pero no era cosa de seguir la broma, no estaba la situación para líos.

¿Cómo explicaba yo lo de la bolsa de Harrod’s? «¿Olvida usted, señor, que no existe almacén alguno de esa compañía en España? ¿No le parece una coincidencia demasiado peculiar?», decía el poli. Sí, yo lo sabía, pero ¿qué podía decirle yo? «Dos bolsas de los mismos grandes almacenes londinenses en Madrid, a miles de kilómetros de distancia. Vaya, vaya… Y al parecer, tuvo problemas semejantes con el contenido de la bolsa ya en territorio británico, vaya, vaya… Y cocaína, en ambos casos, ¿no es eso? Curioso, muy curioso, realmente curioso de verdad. Vaya, vaya… Alguna explicación lógica debe haber, ¿no le parece?». Así horas y horas.

Y ahora, claro, no podía yo llamar en mi ayuda a Zenna. Bastante jugada me había hecho ya la muy bruja. Capaz era de arrojarme a una lóbrega mazmorra española (no estaba seguro de que las condiciones de las cárceles fueran precisamente las mismas en este país que en el Reino Unido. Y la comida mediterránea, con tanto aceite, suele sentarme mal).

Los policías, eso sí, parecían haber seguido algún cursillo sobre «buenos modales con los extranjeros», supongo que por lo del

Mercado Común o qué sé yo. Se les veía en la cara, sobre todo a uno de ellos, lo muy felices que se sentirían de poder inflarme a bofetadas una tras otra, pero se contenían. Alguno acabaría con úlcera de estómago de seguir así. Pero en fin, a pesar de aspecto de gorilas reciclados, no te ponían la mano encima, ni mordían ni nada. No eran como los británicos, pero alguien les había enseñado, no hacía mucho, que los detenidos (quizá los extranjeros un poco menos aún) no son un *punching hall* de entrenamiento, que para eso está el gimnasio y demás. Cosas de la democracia, reciente aún para ellos.

No me pregunten cómo me vi en la calle, porque aún no estoy muy seguro. Mentira me pareció cuando me vi fuera.

Creo que me salvó el testimonio del camarero de las cervezas. Yo había pedido auxilio, estaba allí sentado sin meterme con nadie y aparecieron los matones… El buen hombre debía pensar que un amante de la cerveza no puede, ser mal bicho. Y la verdad, como ética personal, las conozco menos nobles, y menos sujetas a equívoco.

Además, yo no había huido, y había perseguido al presunto culpable de todo, portador de la droga…

Pero mi empeño en perseguirle había sido excesivo, precisamente. ¿Cómo hacerles entender que sólo quería aclararme de una vez acerca de aquel lío?

Pero en fin, me vi en la calle. Y el sol compensa de muchas cosas, y hace olvidar muchas otras.

¿Dónde estábamos?

Ah, sí. Cuando empezó todo, yo me preguntaba…

¿Me había mentido Paloma o no? ¿Era la culpable de todo o no?

¿Estaba implicada en un turbio asunto de tráfico de drogas hispano-británico?

Una cosa es hacer entender todo eso a un policía, y otra creérselo uno mismo. Y uno tiene su orgullo. Si la chica de los ojazos me había mentido, pues qué diablos…

Me detuve en seco. ¿Mentir?

Había un detalle que no había comprobado todavía.

¿Y si no…?

Indiana, viejo, ¿a ver si…?

No, no podía ser.

Pero me apareció la duda.

Y ya saben mi lema: «en la duda, actúa». Así que actué.

Levanté el brazo, detuve un taxi, y entrando estaba aún cuando le decía al conductor:

—Al Palacio Real, por favor.

Capítulo V

Justo dejar el taxi, me dirigí hacia la puerta principal del Palacio de Oriente. Un edificio bastante sencillo, para lo que se acostumbra en estos casos. Me esperaba una cosa más barroca, venga de estatuas, ángeles, guerreros, cañones y demás. Casi no parece español, el palacio de los reyes de España.

A ambos lados hay dos garitas, con soldados, ésos sí, bastante de película serie B de Hollywood. Por fortuna, los guardias no eran como los de Buckingham Palace, que no hablan ni pestañean así los maten. Éstos no es que echaran discursos, pero al menos tenían voz, no sé si voto.

Mentalmente, abrí el paraguas. Allá vamos, pensé, y que caiga lo que caiga.

—Por favor —dije—. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Paloma?

El guardia me miró, solemne. Me lo esperaba todo: que se doblara en dos de risa, que me mandara a hacer gárgaras, que desenvainara el sable y ordenara carga, que llamara a los loqueros…

Presentarse en un sitio semejante con una pregunta parecida…

No hizo nada de eso. Sólo dijo, sin dejar la solemnidad:

—Pregunte por el Archivo. A mi derecha, el gran patio, puerta del fondo.

El estilo telegrama debía ser parte del protocolo. Al menos no me había mandado a la mierda.

Seguí la fachada del palacio hacia la derecha, o sea, calle arriba. En electo, había un gran patio. Una cancela enorme hizo que me vinieran malos recuerdos. Había otro guardia, éste más actual y con un subfusil de los de verdad. Decidí no extremar la nota:

—¿El archivo? —dije.

—Puerta del fondo —contestó.

Ahora le tocó el turno a una especie de ujier, ordenanza o como se llame. Barrigudo, como está mandado. Con cara de mala leche, como es costumbre. Por lo visto, piensan que eso da seriedad.

—¿… deseaba?

Volví a temerme lo peor. Menudos son los madrileños para la guasa.

—Busco a una chica llamada Paloma —dije, mientras volvía a abrir el paraguas, mentalmente.

No pasó nada. Hasta juraría que aquella mueca en la del ordenanza podría ser tomada, con las debidas licencia, por una sonrisa y todo.

Sólo dijo:

—¿De parte de…?

Pero faltaba el peor trago. Mi nombre.

—Dígale que soy Indiana James.

Una ventana de la nariz del ordenanza subió hacia arriba, tirando del labio por ese lado. No he visto desprecio más olímpico en una cara. Sólo dijo:

—Ya. Yo soy Napoleón Bonaparte.

Podía haber sido peor. Desapareció, y volvió enseguida.

Acompañado de Paloma. La mismísima Paloma, en carne y hueso.

—¡Indiana! —dijo. Y se me lanzó al cuello, en un abrazo cálido, envolvente, mediterráneo. La gente del sur es así. Como si nos conociéramos de toda la vida.

—Sí, por lo menos así dijo que se llama —dijo el ordenanza, por la comisura del labio.

Cochina envidia, pensé. Pero estaba demasiado sorprendido por la acogida para pensar en más.

¿Así que… todo había sido un error? No podía creerlo. Pero, como a nadie le amarga un dulce, correspondí al abrazo. Mmmmmm. ¿He dicho ya que en Paloma lo bonito no eran sólo los ojazos? Pues eso.

Luego, de pronto, me encontré bañado en sonrisa, enfocado por los susodichos ojazos, aireado por el vaivén de cabellera.

—No has tenido dificultad en encontrarme, ¿verdad? Con lo que te dije del Palacio estaba claro, ¿no?

—Eeeeh… este… bueno…

¿Cómo le explicaba, así de golpe, todo?

* * *

Se lo expliqué, todo lo posible, algo más tarde, tomando otras cervezas en una especie de plaza-mirador que hay no lejos del Palacio Real. El paisaje era bastante abierto, con montañas llenas de nieve a lo lejos y todo, y me ayudó a pasar el trago. Ya saben que en el fondo soy un tímido.

—Claro que trabajo en el Palacio Real. Estoy en el Archivo. No tiene nada de raro. ¿Por qué iba yo a mentirte?

—Uhhh, bueno… Pensé que mi nombre… Creí que tú habías pensado que…

Soltó la carcajada. Era una risa muy agradable. Todo en Paloma me resultaba muy agradable. Pero pensé que, si no me ponía duro, la situación se me iba a escapar de las manos. Bastante había ya. O sea, que me puse en plan Humphrey.

—Bueno, pero en realidad sí que me mentiste en un par de detalles.

Me faltaba el sombrero para echármelo atrás de un golpe de índice. Ni siquiera llevaba puesta mi gorra de béisbol para ayudarme a componer el personaje. No la llamé «muñeca» de puro milagro, o «flaca». Esto último hubiera resultado especialmente inadecuado, desde luego.

—¿Yooo?

Para decir lo siguiente entrecerré los ojos. De haber tenido un cigarrillo, me lo hubiera llevado a la boca con el pulgar y el índice, en plan «duro, muy duro».

—Tú no saliste de Heathrow en ningún vuelo de ese día. Ni del siguiente…

Caíste en mis manos, pequeña, pensé. Pero la muy bruja ni se inmutó. Siguió sonriendo. Parecía encontrarme muy divertido.

—Bueno, depende de a lo que llames vuelo.

Blanco. Me había cazado. Abrí los ojos y el entrecerrado tipo Humphrey se esfumó.

—¿Cómo?

—Quiero decir, un vuelo regular, de las compañías aéreas. Vine en un avión de carga.

Intenté recomponer el personaje, pero me había cazado.

—Con toda aquella montaña de cajas, ¿cómo querías que viniera en un avión normal? Tengo un amigo, Manolo, que es piloto. Me consiguió un descuento bastante grande en una compañía para la que trabaja, y metí mis trastos en un vuelo en el que sobraba algo de sitio. Así salió muy bien de precio.

Intenté recuperarme, pero lo conseguí sólo a medias. Ahora el que estaba haciendo un mal interrogatorio no era un policía, era yo.

—En Heathrow no hay terminal de carga, es sólo de pasajeros.

—Manolo estaba cargando equipaje complementario de un vuelo regular que llevaba exceso-dijo, sonriendo. Qué bruja, estaba divirtiéndose.

Nuevo entrecerrado de ojos Bogartiano de mí parte.

—Pero no hubo tal exposición arqueológica en Londres. Ninguna sala ni organismo oficial sabía nada de arqueología española.

Nada. Ni se inmutaba, ni perdía la sonrisa, ni la dulzura, ni siquiera me miraba con otra cosa que no fuera una inmensa simpatía. Menos mal, porque me sentía bastante, pero bastante idiota.

—Oficial, no. Era privada. Expuse los resultados de varias excavaciones usando una de las salas de la Grosvenor and Scolield Sciencie Foundation. Se trataba de que nos dieran una subvención, y esa gente, ya sabes cómo son los británicos, exige la máxima seriedad. Así que hubo que exponerles lo que llevamos hecho para que vieran que no estamos jugando. Por cierto que estoy esperando que contesten un día u otro.

Parecía tan lógico todo Pero yo seguí al ataque, aunque estaba sintiendo cada vez más que mi papel era bastante deslucido. Nunca llegaría a Hollywood si no mejoraba la representación.

—Ni en la Autónoma, ni en el resto de la Universidad, saben nada de ti, ni de esas excavaciones.

Nada, que no se inmutaba. Tenía un aspecto tan cándido que el nombre le iba a la perfección.

—Sí, hace tiempo que no voy por allí. Pero me extraña que se hayan olvidado de mí tan pronto. En realidad, es un trabajo para mi tesis doctoral. O sea, que quizá en eso te mentí, o al menos no fui lo bastante precisa. Está relacionado con la Universidad, pero no es directamente «para» ella. ¿Vale?

Valía. Maldita sea, todo encajaba tan bien… Pero quedaba lo más serio.

—Bueno, y… ¿Qué hay de la cocaína?

—Ni idea, Indiana. Te lo aseguro. Fumo bastante tabaco normal, pero todas esas cosas de jeringuillas y pinchazos no es lo mío. Te lo digo de verdad, puedes creerme. No te mentiría ahora, aunque no fuera más que por todas esas molestias que te han venido un poco por mi culpa.

La miré al fondo de los ojos. Me dio vértigo. Ahora me dirán que exagero, que no es así, pero sé cuando una mujer dice la verdad. Me han engañado más de una vez, pero no había entonces una sinceridad como la que ponía Paloma en su manera de mirarme. Ella me mantenía la mirada y… Maldita sea, Indiana. «¿Dónde demonios vas?», pensé.

Fue ella quien rompió el silencio, con una carcajada, tan deliciosa como todo lo demás. Ay. Me estaba consiguiendo poner… Pero dejémoslo.

—¿O sea, que has machacado la mitad del Retiro persiguiendo a un traficante? Eres increíble, Indiana, te metes en unos líos…

¿Estaba cambiando de conversación? Me pareció sospechoso. Contraataqué.

—¿Y la bolsa de plástico? ¿Qué me dices de la bolsa de Harrod's?

—¿Qué bolsa? ¿Y qué es Harrod's?

Maldita sea, olvidé que no se la había dado aún. La saqué de mi macuto, donde estaba un tanto aplastada, y se la di.

Sonrió, sin perder la compostura.

—¡Ah, esa bolsa! Así que la tenías tú. Creí que la había perdido. No tiene nada de verdadera importancia, como habrás visto. Facturas, papeles de las excavaciones… Cogí una bolsa cualquiera de la fundación, para llevarlo. Pero no me digas que fue esta bolsa la causante de todo el jaleo del traficante. ¿Y dices que le la dio un hombre en Heathrow? No entiendo nada. ¿Con droga dentro? La debió de poner él mismo, ¿no?

Se me quedó mirando, en silencio. Mejor sería decir que me

radiografió con la mirada. Me puso bajo el chorro de ese par de focos, y yo me fui para allá como los mosquitos a la bombilla. Nadé por el fondo de ése no sé si verde, o azul, qué indefinible era. El fondo de una cala del Caribe, el azul de una laguna de montaña en pleno deshielo… Qué va a decir uno que no hayan dicho ya los poetas.

—Indiana…

Levanté las cejas. De todas formas, con lo que tenía en la garganta, no podía hablar.

—Me crees, ¿verdad?

Como no iba a creerla. Más bien estaba inclinado a pensar que era cierto si me decía de pronto que en realidad era una marciana. O que tenía poderes mágicos para meterme en líos a distancia. O que era una venusina, que Venus es el planeta del amor, ya saben.

Pero si no era ella la culpable, ¿cómo explicar todo el lío?

Las dos bolsas, y las dos relacionadas con la cocaína, a miles de kilómetros de distancia, de Londres a Madrid. Alguna relación tenía que haber.

Me di cuenta de que estaba diciendo lo mismo que el policía, sólo me quedaba añadir «vaya, vaya».

Pero, entonces, ¿qué?

Me sacó del atontamiento la voz de Paloma:

—Se está haciendo tarde, ¿nos vamos? A propósito, ¿tienes alojamiento?

Mmmmm, aquello sonaba prometedor. Dije que no, claro.

—Bueno, yo tengo un apartamento que está bastante bien. ¿Te vienes para allá? Podemos tomar algo allí.

Redondo, pensé. ¿O sea que tanto *show* de Humphrey, a pesar de ser tan malo, había dado resultado? No lo dudé, por supuesto.

—Muy bien —dije.

Me pregunté si debía haber añadido «pequeña», o algo así.

En alguna parte sonaban violines. ¿O era en mi cerebro solo?

«Bien, Indy, viejo. Ya era hora de que tuvieras algo de suerte en esta historia. Merecido te lo tienes desde luego», pensé.

Y entonces, mientras nos levantábamos, se fastidió de nuevo.

CAPÍTULO VI

Paloma había dejado su bolso, uno de bandolera casi tan grande como mi macuto, encima de la mesa mientras se ponía su abrigo color violeta, y yo le ayudaba, elegantemente. Y de pronto, una especie de pequeño ciclón pasó a nuestro lado. Apenas me di cuenta; de que el bolso volaba, fue Paloma la que gritó:

—¡Eh! ¡Ven acá, ladrón!

Por fortuna, reaccioné. Di un salto, y corrí detrás del pequeño ciclón, en realidad un crío de doce o trece años, mal vestido, que corría como los gamos. Se largo hacia el fondo de los jardines, y allá que fui tras él.

Estaba claro que lo mío eran las persecuciones por parques públicos. Pero ahora a pie. Algo habíamos ganado. Y desde luego no estaba dispuesto a que se me escapara.

Salió de los jardines, corrió a lo largo de una fila de coches aparcados y volvió a entrar por otro de los accesos. Yo estaba absolutamente decidido, caería. A mí no me la juega un mocoso de ésos.

Bajó escaleras sin tocar los peldaños, o eso parecía. Más bien volaba, el maldito crío. Le seguí, resoplando.

Pegó un salto para salvar un trozo de escaleras en zigzag. Hice lo mismo, seguro de mi forma física.

Contorneó una fuente que tenía en el centro una figura de bronce muy oscuro, una mujer desnuda con las manos levantadas. Apenas vi la figura, sólo sé que estaba corriendo. Como si diera ánimos.

Eso hice, correr.

Al fondo de los jardines había una doble fila de columnas que sostenían un enrejado con enredaderas. El crío corrió por entre

ellas. Tres o cuatro viejas que hacían calceta sentadas por allí se alborotaron y empezaron a chillar.

El crío intentó saltar un murete…

… Yo recordé que había jugado al *rugby* en mis buenos tiempos…

… Me lancé en un salto digno de mejor momento y público…

… Y le hice al crío un «placage» de piernas del más perfecto estilo.

Para mi sorpresa, empozó a chillar.

—Ay, ay, ay… ¡Une me aplasta, animal, que me haces daño, ay, ay, ay, qué daño, que me matan, ay!

No le había tocado, palabra, sólo el porrazo y ya está. Me puse en pie, sin soltarlo de un brazo.

Y tiré de él para que se levantara.

Las viejas empezaron a chillar.

—El muy bruto. Digo, tan grade. Ya podrá, pobre crío, no le dará vergüenza. ¡Vamos ya, tiarrón, deja al chavalín!

Miré al crío, No llevaba nada en las manos.

Y sonreía con cara de querubín que no se hubiera lavado hace años.

—Digo, en el mundo, el muy animal del extranji ese. Pobre crío, es lo que yo digo, no hay vergüenza, tío tan grande.

—Nada bueno querrá hacerle, al chavalín.

—¡Déjalo ya, míster! ¡Que le habrá hecho el chavalín para eso! ¿No te da vergüenza, tan grande y tan feo?

Le di un tirón del brazo al crió.

—¿Y el bolso? ¿Dónde está el bolso, mocoso?

—¿Qué bolso? ¡Yo no sé nada de bolsos! —Se dirigió luego a las mujeres, y puso cara de inocente:

—Yo pasaba por ahí, este tío empezó a correr detrás de mí…

El carota de él se lo tenía estudiado, claro. Entendí que me la había jugado, maldita sea. Miré desde allí a la fila de coches aparcados. Había un hueco libre. El viejo truco: había lanzado el bolso a alguien que le esperaba en el coche, y había seguido corriendo para despistar. El venir hacia las mujeres era parte del plan, sabía que se pondrían de su parte.

Si hay algo que temo más que a un terremoto o una explosión nuclear, es a una anciana defensora de la moral, el orden y las

buenas costumbres. Cuando hay varias juntas para darse ánimo unas a otras, peor aún. Me indignaba que el crío se saliera con la suya, pero no había forma de demostrar nada. Sólo le di un coscorrón y volví hacia Paloma, seguido por el tumulto de las viejas, que me llamaban de todo.

Por fortuna, Paloma no estaba afectada en absoluto.

—No te preocupes, ya he visto lo que ha pasado. Estaba preparado, no podías hacer gran cosa. Lástima no haberme fijado en el coche donde se libró del bolso. Bueno, no te preocupes, no llevaba gran cosa. Sólo papeles, apuntes y algunas llaves, pero tengo copia. Y la documentación y demás, pero eso es asunto de un par de mañanas para sacar duplicados y ya está.

Se me cogió del brazo, toda dulzura.

—Nada, no te preocupes. Has hecho lo que has podido. En realidad, lo has hecho muy bien.

Yo más bien tenía ganas de pegarme con alguien, pero la dejé que me guiara. Odio caer en una ratonera.

—Anda, ven. Cogemos el coche del aparcamiento del Palacio, y nos vamos. En el estudio estaremos más relajados.

Bueno, eso era otra cosa. La perspectiva era lo bastante halagüeña como para animarme. Pero maldito crío…

Caminamos hacia el Palacio de nuevo. Paloma saludó a los guardias al entrar, sin soltarme del brazo. Yo sólo levanté la ceja, en plan duro. Que se percataran de cómo sabe situarse uno, qué demonios, guardias a mí.

Un pasillo. Una escalera descendente. Espejos. Dorados. Muebles históricos e historiados, con mármoles y taraceas. El estilo recordaba Versalles, pero algo diferente. ¿Recuerdan la mansión subterránea de Luca Guglielmo?[3] Pues el palacio de los reyes españoles resulta muy parecido. Las plantas inferiores por lo menos.

Llegamos a una especie de sótano. Lo atravesamos, y nos encontramos de pronto en el sueño de un anticuario: toda clase de trastos amontonados, pero de calidad excepcional. Sé de más de uno, en mi país, que se hubiera vuelto loco. Una carroza a la que fallaba una rueda. Varias armaduras arrumbadas. Un par de haces de lanzas, de esas que llaman alabardas. Cornucopias. Sillas doradas. Cortinajes en colgadores. Restos de balaustradas. Garitas medio desmontadas. El armazón de una cama. Los esqueletos de

varias miriñaques que parecían mesas de camilla, o cestos gigantes. Estatuas sin brazos, o sin piernas, o sin cabeza. Qué sé yo lo que había allí. Como el desván de guardar trastos de una vieja familia, pero a escala real. Real de realeza, no de realidad, digo.

Paloma atravesó por en medio de todo, divertida de ver mi cara. Pasamos por otro pasillo, y estábamos de pronto en un aparcamiento subterráneo como otro cualquiera, con coches de todos los tamaños, pero en general no de los más lujosos.

Parecía el *parking* de unos grandes almacenes.

Todo el sótano lleno de trastos recordaba el almacén de unos grandes almacenes, valga la…

¡Grandes almacenes!

Cogí del brazo a Paloma, que se volvió extrañadísima.

—¡Oye! ¿Y la bolsa de Harrod's?

—La metí en el… ¡Anda! ¡En el bolso! ¡Se la ha llevado el niño con lo demás!

Era demasiado ya. Otra vez. Cogí a Paloma del otro brazo, y la encañoné con los ojos, que ahora me tocaba a mí:

—Mira, escúchame bien. Es demasiada casualidad. Haz memoria. ¿Qué diablos llevas en esa bolsa que pueda interesarle a alguien? Están pasando demasiadas cosas alrededor de una simple bolsa comercial para que sea simple casualidad.

Ahora no estaba divertida.

—No lo sé, Indiana, te aseguro que no lo sé. No hay nada, ya te lo dije. Facturas, papeles, alguna carta, permisos de excavación. Nada que pueda interesarle a alguien.

—¿De dónde sacaste la bolsa, si dices que no sabes que es Harrod's? ¿Quién te la dio?

—Estaba rodando con otros papeles de envolver en la Fundación, donde exponíamos. Nada importante, me figuro que como en cualquier sitio hay mil papeles de haber deshecho y vuelto a rehacer montones de paquetes. Cogí una y ya está. No hay misterio.

—Algún misterio hay. ¿Por qué pasan tantas cosas alrededor de esa bolsa?

—Es un envoltorio cualquiera, Indiana. Aquí resulta raro porque estamos lejos de Londres, pero en Inglaterra debe haber millones de bolsas como ésa, por todas partes. Es como si estuviéramos paseando por tu país una bolsa de unos almacenes de aquí.

La solté, di unos pasos. Estaba furioso. Era como si alguien me estuviera haciendo una jugada desde lejos, escondido, y yo no pudiera saber qué quería. Odio esas cosas.

—Tranquilízate, Indy. Ahora ya está. Se han llevado la bolsa, ya te digo que no tenía nada importante, nos hemos librado de ella, y listo. Si de verdad alguien quería algo, ya lo tiene. Asunto terminado. Tranquilízate, anda.

Vino hacia mí, y me sonrió, con la cabeza inclinada a un lado, *flash-flash* de ojos otra vez… Además, me acababa de llamar Indy, ¿cómo sabría que me llaman así? Tenía buenas razones para tranquilizarme, así que me tranquilicé, Qué diablos.

Ella tiró de mí, suavemente, hacia un coche, creo que un Opel Corsa blanco, no estoy muy seguro. Muy abollado, eso debería haberme hecho pensar.

—Anda, venga, te sentirás mejor cuando hayas descansado, Llevas un par de días bastante llenos.

Descansar. Bueno, era un programa apetecible. Sobre todo si llamaba descanso a lo que yo estaba pensando. MMMMMM.

Pero no hubo tal descanso.

Puso el coche en marcha, conduciendo ella, y salimos del sótano. Saludó a un guardia, saludó a otro, se cuadraron todos, atravesamos unos jardines, y un instante después nos había rodeado el tráfico de Madrid.

Entendí que había hecho bien dejándola conducir a ella.

¿Lo he dicho ya? En esa ciudad, los conductores están torios locos de atar. Paloma incluida.

Sin perder su dulzura, cosa que no me explico, empezó a dar volantazos, acelerar, cambiar, frenazo aquí, maniobra suicida allá. Juro que no he visto nada parecido. Y aún tenía tiempo para seguir hablando, contando cosas, hacer comentarios sobre el Madrid que atravesábamos, esto es la Plaza Tal, aquí el edificio Cual. Echada hacia atrás, apoyando el codo en la ventanilla, poniéndose el dedo lánguidamente rozando la boca… Increíble, lo juro.

De pronto, me mira, y mi expresión debía ser algo especial,

porque se echó a reír una vez más.

—¿Qué te pasa? ¿Voy demasiado rápido?

Tragué saliva, intenté encontrar mis recursos Humphrey Bogart, hice un HUH, tres o cuatro BFFFF, algún EEEEHHH, todas esas cosas. Al fin y al cabo, estaba muy ocupado intentando encontrar aliento…

Ya saben qué hace tiempo corría en Indianapolis, de ahí mi nombre. Nada, niñerías al lado de esto.

Acababa de hacer un comentario sobre un edificio llamado cuartel del Duque-Conde, cuando lo vi. Y ahí se armó. Otra vez.

En el cristal trasero del coche que iba delante, un Seat 124 con siglos encima y toneladas de porquería por toda la chapa, acababa de aparecer, mirando hacia atrás, una cara conocida.

Encontré todo el aliento de golpe. Mi adrenalina, ya saben.

—¡Paloma! ¡El crío! ¡El del tirón!

Yo era quien lo había tenido cara a cara, pero ella lo reconoció también. Y aceleró para alcanzar al coche.

—No vale la pena, para lo que hay en el bolso, pero…

—¡Síguelo! —dije—. ¡Tengo que saber qué diablos pasa con esa maldita bolsa!

El crío debía de haber dicho algo al conductor, porque el 124 aceleró también. Iban dos adultos delante, y el niño atrás. Pero el que iba al volante debía haber visto muchas películas. Muchas. O quería hacer méritos para que lo contrataran de «extra», lo que los franceses llaman *cascadeur*, y rodarlas él.

Tenía delante un inocente y vetusto 600, que todavía circulan algunos. Lo apartó. Así, como suena. Lo embistió por detrás, apoyó el parachoques contra el suyo y lo echó a un lado, subiéndolo a la acera. La calle era estrecha, de otra manera no habría sitio, así que se lo hizo.

El conductor del siguiente coche debió ver por el retrovisor lo que había pasado, porque se apartó él mismo. Con eso ya estaba en el cruce de dos calles, así que el 124 tuvo vía libre por una de ellas.

Detalle insignificante: era a contra dirección. Pero apenas había coches. Apenas.

Paloma se metió por la misma calle detrás del 124. Había echado la cabeza adelante, sin perder la compostura, elegante ella, pero lanzada.

—Lo que me indigna —dijo—, es que esto no es sólo cosa del chaval. Esos dos tiarrones lo utilizan de tironero, y eso no es justo. Van a saber lo que es bueno.

Esta chica era un pozo de sorpresas. Me sujeté donde pude.

Apenas había coches, dije antes. Sólo eran tres los que venían de cara. Pero se apartaron enseguida. Les faltó subirse a las ventanas.

Cuando pasamos, el 124 delante, Paloma y yo pegados detrás, comprendí que eso de la impenetrabilidad de los cuerpos, una ley de física muy seria, no existe para los coches madrileños. Eso sí, desafiaban todas las leyes del sonido, dándole a las bocinas, por un lado, y a las gargantas, por otro. Qué tíos, cómo nos pusieron.

Por la derecha, en el cruce siguiente, venían más Coches. Se clavaron en el asfalto a golpe de freno. De haber sido cangrejos, hubieran usado las patas de atrás para meterse debajo.

Nos dejaron vía libre, desde luego, para llegar al siguiente cruce. En la esquina de la derecha había una anciana esperando cruzar, con un cesto en la mano. El 124 se llevó el cesto enganchado delante, de lo que se pegó al interior para girar a la derecha.

—Pobre señora —dijo Paloma. Y giró casi lo mismo. La cara de la mujer era de no olvidar.

Esta calle era de sentido correcto, pero muy corta. Desembocamos en una avenida con dos sentidos de tráfico. El 124 se zambulló en el primero de los dos chorros de coches. Aún no sé cómo lo hizo, pero pasó. Los frenazos de los conductores debieron ser históricos, pero nos dejaron sitio a nosotros también.

Volantazo a la izquierda del 124. Entre los dos sentidos de tráfico había una entrada para un paso subterráneo. Como ratón que se cuela en madriguera, el coche se lanzó por la boca del túnel.

Paloma no lo dudó tampoco. Adentro.

—Va a salir a Princesa. Está loco —dijo.

Los dos coches, por dentro del túnel, hicieron una banda sonora como para película de Grand Prix. La curva subterránea se hizo interminable. Y ya no sabía dónde sujetarme en el interior del coche.

—¿No te quejabas de velocidad? Todos los hombres sois iguales, en cuanto no conducís vosotros lo pasáis fatal.

La salida del túnel fue en plan San Francisco, las cuatro ruedas al aire. Se me vino a la boca toda la cerveza que llevaba bebida en

Madrid, y parte de la de años anteriores. Luego vino el aterrizaje, y mi pobre asentadera, resentida de cuando el caballo, pidió misericordia a gritos.

Paloma aun tuvo humor para comentar:

—Mira, vamos a volver a pasar por la Plaza de España.

Para turismo estaba yo. Ella, por lo menos, se cogía al volante.

Habíamos salido, otra vez, entre dos calzadas de coches. El 124, allá delante, se zambulló entre los de la derecha, en su mismo sentido. Los madrileños al volante de esos coches hicieron lo que más les gusta hacer: pitar. Pero ni caso, el trasto se hizo sitio.

A nosotros nos costó algo más de trabajo. Y encima, al volante iba una mujer. Los de alrededor pitaron el doble que antes.

A la derecha había varios bloques de edificios monstruosos, de esos que en medio mundo les ha dado por hacer imitando a mi Manhattan. Al fondo, allí delante, había una plaza. Estuvimos en ella antes de poder pestañear.

El semáforo de la esquina estaba en rojo, y miles de peatones cruzando. Pero fueron muy amables, cuando vieron lo que se les venía encima se apartaron correctamente. Quiero decir, amontonándose unos encima de otros, tropezando, subiéndose a los coches aparcados… Miles de brazos levantaron hacia nosotros miles de puños iracundos, miles de lenguas nos dedicaron maravillas lingüísticas… Mi toma tic contacto con el país estaba siendo algo movida.

Por fortuna, el chirrido de los neumáticos al dar la curva hacia la derecha, por el lateral de la plaza, me impidió oír lo que decían.

Más allá, otro túnel, éste con columnas en medio, que separaban dos direcciones de giro.

Si pasan alguna vez por allí, miren en las columnas. Aún debe de haber pintura del 124. Y blanca, del de Paloma.

Superficie otra vez. Y ahora tocaba girar a la izquierda. Por una calle bastante estrecha, con coches aparcados a ambos lados.

—Mira, aquellos jardines del fondo son también del palacio.

Dioses, la muy bruja tenía tiempo y ganas para hacer de guía turística. Y hasta de sonreír y derramar dulzura, incluso.

—Por cierto, no te he hablado de mi trabajo. Estamos haciendo una cosa interesantísima, ahí en el Archivo.

La calle se acabó enseguida, con sólo un par de sustos para

varios peatones. Al final, volantuzo a la derecha. A más de cien por hora, pero mi conductora la aristócrata, ni caso. Disfrutando, como si lo hiciera todos los días.

—Por lo visto, desde hace siglos había la costumbre de regalarle al rey una copia…

Por la avenida en cuesta en la que desembocábamos venía un camión de reparto pintado de unos colores que me resultaban familiares:
«Coca-Cola
». Casi nos metimos debajo.

—… de la partitura, cada vez que alguien componía una obra musical cualquiera…

El conductor, para evitarnos, giró el volante a la izquierda, con todo su esfuerzo, atravesando el camión en la calle, hacia el otro sentido de circulación.

—… y todas esas partituras se han ido guardando en el Archivo. Cuando nos hemos puesto a ordenarlas, resulta que…

Entre la velocidad, el volantazo y la cuesta abajo, el camión se inclinó hacia nosotros, aplastó los neumáticos de ese lado, la suspensión no pudo sujetarlo, y volcó.

—… hemos encontrado un verdadero tesoro de piezas musicales que… ¿Qué ha sido eso?

«Eso» había sitio el estrépito del camión estrellando su carga contra el suelo. Miles de botellas destrozadas. Por unos días, los aficionados al cuba-libre de aquel barrio tendrían que pasarse al *gin-tonic*.

Pero el que miraba hacia atrás era yo, y Paloma seguía conduciendo calle abajo. Le dije lo que había pasado, mientras contemplaba la marea de
«Coca-Cola
» que nos seguía por la cuesta.

—Pobre hombre, el susto que se habrá llevado. Pero no te preocupes, pagará la compañía, que es fuerte. Ahora a los que hay que atrapar es a esos explotadores de niños.

A la derecha había una estación o algo parecido. A la puerta, dos taxistas esperaban turno, escrupulosamente por una vez, para pasar. Casi se salen por las ventanillas diciéndonos cosas.

—Estos taxistas exageran siempre, hay que ver cómo son. Bueno,

lo que te decía: estamos haciendo un catálogo de todas las partituras, y hay verdaderas maravillas. Imagínate que…

La interrumpí. Era capaz de contarme el rollo.

—¿No crees que se están alejando? Se nos van a escapar.

Ni se inmutó. Había recobrado toda su calma, y hasta agitaba la cabellera y todo otra vez, sonriente como siempre.

—No creo. Me parece que quieren entrar en la Casa de Campo. Y eso me lo conozco bien, descuida.

Una plaza enorme con un gran monumento, quizá una fuente. La cuesta abajo continuaba, con *guard-rail* y todo a un lado. El 124 zigzagueó entre los coches bajando, y Paloma detrás, pegándose al lado exterior de la calzada y obligando a los que venían de frente a pegarse a la derecha. Pero como si nada.

—Mira, vas a poder ver el río y todo. Desde que lo han arreglado, está muy bonito. Y la Casa de Campo te gustará.

Ella quizá sí, pero yo no estaba para turismo. Y la tal Casa resultó ser otro parque. «Oh, no», pensé, «otra vez, no». Pero, sí.

Con otra reja. Esta vez, menos mal, abierta de ambas hojas. Y muy ancha. Más que suficiente para dejar paso al 124, como un huracán sobre ruedas, y al Corsa de Paloma, como otro huracán conmigo dentro.

El resto me pareció conocido y todo. Como esas veces que uno cree que lo que está viviendo lo ha vivido ya antes, porque lo ha soñado, o sea lo que sea. Pero esta vez, lo tenía bastante fresco para saber que de sueños, nada. Más bien pesadilla, y reciente.

Capítulo VII

El coche de los tironeros entró por el parque como zorro detrás de liebre. El de Paloma, como perro que persigue zorro. Y yo me temí lo peor. Me veía condenado a trabajos forzados de jardinería, reparando los destrozos, con un guardia municipal madrileño vigilándome, por el resto de mi vida. Ya había destrozado un parque, ahora tocaba el segundo.

De momento, no. El tironero conductor optó por seguir el asfalto, que le permitía mayor velocidad. Los árboles se quedaron de decorado, por ahora, y los setos conservaron su aspecto normal.

Otro lago apareció por la izquierda, después de un par de curvas. Era tarde ya, no había apenas nadie a quien espantar, o sea que eso ganaron los paseantes, que siguieron secos.

Dejándolo atrás, el 124 rugió entre vegetación. Paloma no había seguido explicándome su vida y su ciudad, y se aplicaba al *rally*. Porque ahora, libre de obstáculos rodados, el coche perseguido desplegaba toda su furia sólo contra el trazado de la carretera. Un trazado no hecho para altas velocidades, claro. Pero el tipo parecía creerse como en el *rally* de Montecarlo, pero sin nieve.

¿Para qué contarles más? Esta vez no conducía yo…

Sólo sé que pasamos por debajo de un teleférico, que a esa hora llevaba muy pocas cabinas, debían estar cerrando.

Que allá a lo lejos, a la izquierda, había una noria gigantesca, y una especie de platillo volante en lo más alto de una columna. Parecía un parque de atracciones. Pero Paloma olvidó leerme esa página de la guía turística, y yo no se lo pedí. Para una vez que se concentraba en la conducción, aunque fuera deportiva y suicida, mejor no molestarla.

Giró a la derecha, hacia un camino que parecía secundario,

siguiendo al 124 que había hecho lo mismo. El camarero de un bar de ésos al aire libre, que recogía sillas y mesas para cerrar, se nos quedó mirando. Para pedir socorro no había periódico, como la otra vez.

El camino, después de un cruce, se hizo mucho peor. Debíamos haber dejado la red principal del parque.

—¿Dónde se está metiendo este hombre? —Oí que decía Paloma como para sí misma.

La tal Casa de Campo no era un parque en el sentido tradicional. Es más bien un bosque un poco acondicionado. O sea, que no hay jardines ni setos. Como además, en Castilla el clima es bastante seco, y Madrid está en Castilla, los bosques no son tales bosques, sino más bien un pino y una encina de vez en cuando, con mucha hierba seca en medio. Nada frondoso, vamos. Pero conforme nos adentrábamos en el parque, o bosque, o lo que fuera, la cosa se ponía cada vez más clara, o más desértica. Y más descuidada, desde luego, porque los jardineros o los vigilantes debían concentrar sus esfuerzos en la parte más concurrida por estar más cerca de la ciudad.

O sea, que todo estaba más solitario que una heladería en diciembre, pongo por caso.

Y aquello me daba mala espina.

Me olía a cazador cazado.

—Paloma —dije—. ¿Estás segura de que este tipo está huyendo? ¿O nos está llevando?

—Eso mismo pensaba yo —dijo. Estaba seria por una vez.

Pero no bajaba el ritmo.

—Ya que estamos, quiero llegar al fondo del asunto, Indy —dijo.

Cómo estaría mi ánimo, que ni le di importancia siquiera al diminutivo.

Ahora ya no es que el camino fuera malo, es que no había camino. El 124 giró hacia la izquierda, y se salió de la carretera en las proximidades de un merendero, usando el terreno acotado para aparcamiento. Cuando se acabó el aparcamiento y aparecieron unas señales de prohibido, las ignoró y siguió. No debía ser el único ni el primero en haber hecho eso, porque había una especie de camino de tierra. La Casa de Campo, por lo visto, está llena de esos senderos.

Un sendero que, esta vez, me alarmó. Se metía de lleno por el fondo de una especie de hondonada, como un valle miniatura, entre árboles.

Me sentí en película del Oeste. «Un sitio ideal para una emboscada», hubiera dicho Clint Eastwood.

—Hum —dijo Paloma, solo.

Yo preferí no decir nada. Pero no me gustaba.

Y de pronto, pasó.

El sendero se ensanchó de pronto, y terminó en una especie de plaza, entre árboles. Todo alrededor, el terreno formaba como un embudo, con la única entrada del sendero por donde habíamos venido. De la plaza sólo salían algunas veredas, pero de las que abren las personas, desde luego no los coches. Las paredes del embudo no eran cortadas ni rocosas, pero no había salida. Sin duda que no. Ni un Land-Rover.

Y la plaza-embudo estaba concurrida. Bastante.

Parte de la concurrencia usó otro coche para cerrar el sendero por donde habíamos entrado. Ahora el embudo era una olla.

O una sartén, porque pensé: «Estamos fritos».

El 124 frenó en seco, y los ocupantes se bajaron. El crío el último, algo acobardado. Los otros dos, con sendas maquiavélicas sonrisas. Y sendas relucientes navajas.

El resto de la concurrencia, que era abundante, esgrimió parecidas sonrisas, y no muy diferentes navajas.

Y avanzaron hacia nosotros.

Miré a Paloma. Supe que debería hacer el Humphrey de nuevo, pero ahora por necesidad. No quería ni pensar en lo que pudiera quedar de su dulzura en manos de aquel montón de energúmenos.

El mismo Humphrey no lo hubiera mejorado. Bajé del coche, puse la voz más convincente que pude, y di dos pasos hacia los que se acercaban.

—Bien, muchachos. Ahora vais a explicarme qué significa esto.

No debió de ser convincente.

Porque se rieron mucho. Quizá mi acento al hablar español no era el adecuado. O quizá se me notó cierta prevención. Al fin y al cabo, eran unos doce o quince, todos con esas bellas herramientas cortantes que los españoles fabrican tan a conciencia.

Y saben afilarlas también.

—¡Hosti el guiri, tú! ¿Pues no dice que quiere explicaciones?

—Ven acá, mamón, que te expliquemos, ven.

—A la parienta se lo explico yo, ¿eh? Que la he visto primero.

—Termina pronto, que me explique yo también, anda. ¿Te la sujeto, mientras te explicas?

Hubo comentarios para todos los gustos. Pero no me esperaba, desde luego, lo que pasó a continuación.

Vamos, es lo que menos podía imaginarme.

Paloma no había parado el motor siquiera. Metió marcha, y arrancó en tromba.

¿He dicho un Land-Rover? No sé si ese coche, pero el de Paloma lo hizo. Aceleró, se lanzó contra una de las paredes del embudo, una de las menos empinadas, y se tragó la rampa como un Boeing 727 en pleno despegue.

Y como un Boeing despegó, al llegar arriba, antes de desaparecer por el otro lado.

«Se ha matado», pensé. «Ha preferido una muerte digna a…».

Pero yo también debía haber visto demasiadas películas. Porque el ruido del motor, alejándose, me dijo que la historia era distinta.

Paloma me había dejado solo. Se había largado. Había huido, dejándome en manos de aquel montón de bantúes.

¿Recuerdan cuando dije lo inquietantes que eran los tipos del parque primero, el Retiro o como se llame? Pues éstos eran una versión corregida y aumentada. No eran inquietantes, eran asesinos. Un montón de energúmenos dispuestos a todo. Probablemente se reunían allí a la caída de la tarde para hacer cuentas y distribuir el botín del día. Un montón de bolsos y paquetes, a los pies de varios de ellos, lo indicaba.

—Bien, si no queréis explicar, podemos tener un cambio de impresiones. Yo, de todas formas, no soy de aquí, o sea que…

Habían rugido cuando vieron que Paloma se escapaba, pero ahora acogieron mis no muy brillantes palabras con un silencio muy especial. Creo que tampoco esta vez había estado muy convincente.

Seguían sonriendo con intenciones malévolas, mientras hacían brillar las hojas de sus navajas, con toda la carga amenazadora posible en su actitud. Una actitud que no dejaba lugar a muchas dudas sobre sus intenciones.

Intenté un repliegue estratégico, por supuesto no una huida, por

quién me han tomado. Pero no había forma. Estaba rodeado por completo. Había navajas y energúmenos a todo alrededor.

Busque un lugar donde proteger mi espalda para pelear. No lo había. Ni siquiera el coche de Paloma, que me hubiera brindado protección. Nada.

Me pasó por la cabeza volver a maldecir a Paloma, pero no tenía tiempo ni para eso.

«Estás perdido, Indiana», pensé. «Tu toma de contacto con esta tierra va a resultar definitiva. Incluso vas a tener una parcela para ti solo. Con lápida encima».

Los tipos seguían avanzando. Ya ni se molestaban en hablar.

—Esto… Bueno… —empecé—. En realidad no es lo que creéis, yo sólo quería…

El conductor del 124 me desmintió:

—Hacedlo pedacitos, colegas. Es poli o algo parecido. El y la tía venían detrás nuestro en un plan muy chungo. Querían cogernos.

Un fallo diplomático lo tiene cualquiera, ¿no? Pero la diplomacia no suele servir de mucho.

Uno de los de detrás saltó sobre mí. Lo vi venir, vigilada como tenía mi espalda de reojo. Los gestos de los que tenía delante me lo señalaron, además.

Así que pude levantar el codo lo suficiente como para frenar su vuelo en seco. Dudo que su nariz encontrara acogedor el gesto.

Pero al momento fueron dos los que se me vinieron encima. Uno de cada lado.

Pude recibir al primero con una patada. Pero el segundo, del lado opuesto, se me agarró con las dos manos, mientras la navaja me buscaba y el peso del tío, con el impulso, me echaba de lado.

Rodé por el suelo, consiguiendo quitármelo de encima.

Pero una contundente bota militar encontró mi estómago.

Me doblé, sin aliento, levantando la pierna más por el golpe que por otra cosa. Sirvió para detener a uno que se lanzaba sobre mí desde ese lado.

El resto fue una avalancha. Menos mal que reservaban las navajas para uso posterior.

Largué puñetazos hacia un lado y otro, como las aspas de un ventilador. Alguno tuvo éxito y todo. Rodillazos desde el suelo. Patadas al aire. Algún cabezazo. Pero con poco resultado.

He hablado de *rugby* antes. Ahora estaba en medio de una *melée*. Y yo era el balón.

Debía tener encima como doce de ellos o algo así. Una cantidad bastante suficiente de manos y piernas para impedirme movimientos.

No me gustaba como final de mis días, lo aseguro. Pero era evidente que las navajas iban a mostrar lo bien afiladas que estaban. Con mi cuerpo.

Uno de los tipos quedó sentado encima de mi esternón, con la manaza plantada en medio de mi frente. Sobre este mismo lugar se apoyaba, contundentemente, una bola.

Y en la mano libre del tío había una navaja.

Que vino a ponerse en mi cuello, de punta.

Poco más o menos por donde la nuez.

—Bueno, guiri —dijo. ¿Ya has terminado de explicarte? Pues ahora nos toca a nosotros. Vas a ver explicaciones.

Se acabó. Ni siquiera estaban dispuestos a escucharme. Busque frenéticamente algo que me permitiera ganar tiempo. Pero no encontré nada. Intenté mover un brazo. Pero había otros brazos y algún pie que no me lo permitían. Removí piernas y cuerpo, pero nada. Incluso se divertían. El tipo sentado encima de mí me tomaba por un caballo de rodeo cuando intentaba moverme.

—¿No te cansas, guiri? No colaboras, ¿eh? A ver si…

La punta de la navaja me entró más adentro. La sangre empezaba a brotar ya.

«Perdido como una rata, Indiana», pensé. «Es el fin».

Y entonces, llegó el Séptimo de Caballería.

«SE ACABO LA DIVERSIÓN, NIÑOS. ID LEVANTANDO LAS MANOS TODOS», dijo una voz por un megáfono.

Hice lo posible por mirar entre los cuerpos que me rodeaban.

Todo alrededor, por los bordes del embudo, llegaban policías, armas por delante. Y uno de mis conocidos Land-Rover blanquiazules de la Policía Municipal madrileña empujaba el coche que servía de tapón al entrar por el sendero. Usaba el parachoques como la pala de una excavadora.

Y en la ventanilla de junto al conductor, iba asomada Paloma.

Esta chica no terminaría nunca de sorprenderme.

CAPÍTULO VIII

—Quién te mandaba bajarte del coche —dijo Paloma—. Hubiéramos podido largarnos los dos. Pero tuviste que jugar a los vaqueros, así que te dejé con los indios mientras iba a buscar ayuda.

Yo aún me toqueteaba la cicatriz de la garganta, un buen rasguño por donde la nuez.

Estábamos en su Corsa de nuevo, pero ahora más despacio. Camino de la Comisaría de Policía, donde habría que explicarlo todo, a la altura de la comprensión de un par de burócratas-policía… uno de los cuales resultó ser el mismo del «vaya, vaya». La mierda siempre Ilota, y el tipo debía de tener un alto puesto en el escalafón policial.

—Así que es usted otra vez, ¿eh? Vaya, vaya —dijo.

Me armé de paciencia, dispuesto a todo.

Les ahorraré el resto. La lógica de los policías no es la mía. Ni siquiera hablamos el mismo idioma. No, no me refiero al español y al inglés. Me refiero a que todo eso que para mí es claro como el agua, a ellos les parece sospechoso y necesitado de mil aclaraciones para ser admitido.

Y encima, tienen que redactarlo y ponerlo sobre papel, para el informe. Eso es otro idioma todavía.

Terrible. Indescifrable Insoportable, lo aseguro.

No había forma de demostrarles que yo no sabía nada de nada. Que sólo intentaba seguir el hilo para llegar al ovillo. Que en materia de caballo, sólo sé de los de cuatro patas. Que donde esté un buen *whisky*, opino que deben quitarse todos los alucinógenos del mundo. Que no soy comprador en
Harrod’s
. Que si, en opinión de algunos, tengo pinta de guiri, eso no era

materia suficiente para encarcelarme. Y sobre todo, que lo único que a mí me importaba era saber por qué todos aquellos líos me pasaban a mí, que sólo deseaba unas tranquilas vacaciones y disfrutar del dinero que al comenzar todo aquel lío aún tenía en el bolsillo.

Imposible. Todo fue barajar y desbarajar posibles combinaciones de bolsas, caballo y yo.
Harrod's
, Heathrow, Madrid, y otra vez yo. El Retiro, Vistillas, la Casa de Campo, y siempre en medio, yo. Una compañía femenina que hacía mover la cabeza de un lado a otro a los policías, siempre con sonrisa picara, y yo. Tironeros, navajeros, contrabandistas, y como de costumbre, mi modesta persona. Agotador.

Interminable, además. Horas y horas.

Y de pronto, apareció Paloma.

Nos habían separado para interrogarnos. El viejo y astuto truco de comprobar si las declaraciones coincidían. Que imaginación, ¿no? Creo que debieron coincidir en una cosa: ninguno de los dos sabíamos nada.

Pero el primero en hablar fui yo, mientras a ella la hacían esperar fuera durante un tiempo interminable. Cuando le tocó el turno, estuvo dentro, cara a cara con los polis, cosa de media hora.

Salió sonriendo, como siempre.

—No sé para qué tanto lío. Vámonos, Indy.

Recogí mis cosas, y salimos.

—Pero bueno, habrá que volver, ¿no?

—Ni hablar. Ya está todo aclarado. Estamos libres de toda sospecha —dijo.

Perplejo me tenía. O sea, que lo que yo no había conseguido aclarar en horas, ella lo había despachado en media.

—Dioses, ¿pero qué diablos les has dicho?

Volvió a sonreír, y subió al coche.

La imité. Mientras lo ponía en marcha, dijo:

—La verdad. ¿Qué querías que les dijera, si no?

Y su tono era de «hay que ver las cosas que decís algunos, oye». Como si lucra lo más lógico del mundo.

Estaba a punto de preguntarle cuál era la verdad, cuando arrancó. Y ya no pude decir nada.

Esta vez no perseguíamos a nadie, pero la velocidad fue muy parecida. Mi Indianápolis, comparado con aquello, era un grupo de críos con coches de pedales en patio de guardería. Las salinas de Bonneville, donde se baten los récords del mundo de velocidad, era un entretenimiento de domingueros. Para qué contarles.

El índice de mortalidad callejera de Madrid, fuera el que fuera, debió ser calculado sin contar con Paloma. Si no, la cifra hubiera estado en el *Guinness Book of Records*.

Creo que cerré los ojos durante torio el trayecto. No quería, además de lodo, encontrarme con alguna bolsa de almacenes británicos, algún traficante, o cosa parecida. Ni siquiera ver caballos.

—Es tarde. Y tú querías descansar, ¿no es eso? —dijo.

—Creo que balbucí algo afirmativo, pero el chirrido de los neumáticos en plena curva no me dejó oírlo. Así que no sé si lo oyó ella.

—Vamos a mi apartamento entonces. Íbamos hacia allá cuando empezó todo, ¿recuerdas?

Bueno, eso volvía a ser prometedor. Al final, la cosa terminaría bien, y mi recuerdo de España podía ser agradable. «Tu *sex-appeal* funciona aún, Indiana, viejo», pensé. La verdad, era una perspectiva agradable como desenlace de todo.

Llegamos. No sé cómo, pero llegamos vivos. No sé si los que se cruzaron en el camino de Paloma siguieron estándolo, pero nosotros dos sí, llegamos.

—¿No has pensado en participar en *rallies*? —dije, mientras bajábamos—. Quizá pudieras demostrar tus cualidades.

—Un amigo me lo ha propuesto —respondió—. Es posible que lo haga. Al fin y al cabo, en la Copa de Damas no se inscribe más que alguna que otra niña tonta.

No lo dudé un segundo. Y además, en ese tipo de competiciones, cierran al tráfico el trazado la mayor parte de las veces, así que mientras Paloma estuviera ocupada en eso, los demás ciudadanos podrían respirar tranquilos. La animé a hacerlo.

A la entrada del edificio de apartamentos, me mostró unas cuantas llaves colgadas de un clavo, disimulado todo detrás de una decoración de la pared.

—Mira, apréndete dónde está esto. Así podrás entrar siempre

que quieras. El único problema es que los amigos lo saben, y te encuentras a veces que hay alguien a quien no esperas…

Tampoco lo dudé. Tener un sitio así, en una capital geográficamente céntrica, es un buen recurso a tener en cuenta.

O sea, que el momento había llegado. Abrió el apartamento, y entramos.

Decidí poner las cartas boca arriba. Mejor las cosas claras, si todo se presentaba como yo imaginaba.

Entrecerré los ojos de nuevo. Saludé mentalmente a Humphrey.

—Bien, ahora dime: ¿qué fue la verdad que les contaste a los policías? Quiero saberlo.

Procuré que mi actitud diera a entender que estaba dispuesto a escuchar una confesión total.

Si era la líder de un Sindicato del Crimen o la Capo de una Mafia particular, estaba dispuesto a aceptarlo… sobre todo «antes de».

—Bueno, pues la verdad, qué querías que les dijera.

—Eso ya lo has dicho antes —dudé si añadir «pequeña». Decidí no hacerlo—. Pero ¿cuál es esa verdad?

Me miró, con sorpresa.

—Pues la verdad. Une ni tú ni yo sabemos nada de traficantes, de cocaína, de drogas varias ni de navajeros o tironeros. Lo normal, ¿no?

La miré en plan Rayos X. Por supuesto, pero no podía ser. Yo había intentado explicárselo a los polis durante una eternidad. Imposible que ella…

—Es que se lo expliqué bien —respondió. Eso quería decir: «Si es que los hombres no sabéis ni explicaros».

Y sonreía.

Ésa era la clave, probablemente. Yo no había sonreído como ella para decirlo. ¿No he hablado de cómo le enfocaba con los ojazos, y lo que a uno le pasaba después? Los policías podían muy bien no haber sido indiferentes a las malas artes femeninas de Paloma.

No las tenía yo todas conmigo, sin embargo. Sólo que ella me cortó.

—Bueno, ponte cómodo. Yo paso al cuarto de baño, un momento, ¿eh?

Bien, la cosa estaba hecha. Ahora se arreglaría un tanto, saldría con algo especial para la ocasión, y… Todo estaba a punto de

empezar, por fin.

—En la cocina tienes bebida. Ponme un *gin*-tonic a mí —dijo desde el baño.

He vivido muchas ocasiones como ésta, o sea que sé estar a la altura. Cargué el *gin*-tonic como para poner a tono a un náufrago recién sacado de aguas heladas.

—Paloma —dije luego.

—¿Qué? —respondió una voz cándida desde el baño.

Me acomodé, con un vaso de *whisky* en la mano y procuré dar a la voz el tono más seductor posible. Como de varón interesantemente duro, hecho al peligro.

—¿No te parecen demasiadas coincidencias? Lo ocurrido en el aeropuerto de Londres, lo de aquí, los navajeros… ¿No es excesivo? Alguna clave debe habérsenos pasado por alto.

El musical eco de una lánguida risa llegó mezclado con el ruido del agua en el lavabo.

—Estoy acostumbrada a las coincidencias —dijo, como si nada —. Siempre me pasan cosas así. Casi se diría que atraigo las casualidades.

Resultaba creíble. Insistí.

—¿Al mismo nivel? ¿Persecuciones callejeras, lirones de bolso, droga, mafiosos? Excesivo, ¿no crees?

El mismo James Bond no lo hubiera hecho mejor, pensé.

—No, desde luego. Todo eso lo pones tú. Pero tú estás hecho al peligro.

Le faltó añadir «por eso eres mi hombre», o algo así. Las chicas de Bond dicen cosas semejantes.

Realmente, la cosa iba. Miré alrededor. El apartamento estaba decorado con gusto, y lleno de trastos arqueológicos. Montones de bolsitas con pedazos de cerámica rotulados con cifras y letras. Fotografías de zanjas con la regleta ésa a trozos blancos y negros para dar la escala. Libros de historia o cosas semejantes: *La villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega, Palencia; La Sedentaria; Sautola; Lucentum; La solutrense vasco-cantábrico. El paleolítico superior de la cueva de Rascaño* (Santander), todo un poco chino para mí.

En la pared, una foto de un medallón romano. Un póster de la *Fundagao Calouste Gulbenkian, Lisboa*. Trastos africanos: un arco con

sus flechas, un peine con algún pelo todavía, instrumentos musicales, máscaras…

—Estaré lista en un momento —dijo la voz.

Quise jugar un poco a «lo sé todo, pequeña» y añadí:

—Y por cierto, no me habías dicho lo de tu título nobiliario.

Sonó con extrañeza al responder:

—¿Título? ¿Qué título?

Pero a mí no podía engañarme.

—El de condesa. No lo niegues, los amigos lo usan para dirigirse a ti.

Otra vez la carcajada. Pero ahora un poco excesiva, me pareció.

Y por la puerta del baño, mientras yo le atizaba al *whisky*, salió, riendo aún.

Con el pelo arreglado, algo más compuesta, pero en traje de calle. Y eso no era lo esperado.

—Es una broma de los amigos —dijo—. En una serie de televisión llamaban «condesa» a la protagonista, y los amigos me lo llamaban a mí. ¿Cómo lo sabes tú?

Pero yo estaba demasiado hecho un lío para responder.

Cogió de la mesa su vaso, «Ah, el *gin*-tonic», dijo. «Qué amable», y se lo vació de un trago. No pestañeó siquiera.

—Bueno, espero que estés cómodo. Se me ha hecho tarde, y me están esperando. Tienes algo para cenar en la nevera, ya lo habrás visto. Y hay sábanas limpias en la cama. Creo que podrás descansar a gusto, te lo has merecido con todo este ajetreo. ¿Dónde he puesto mis llaves?

De pronto la lengua se me había hecho un nudo.

—Esto… Bueno, en realidad… Había pensado… ¿Y tú, este…?

Sonrió en plan comprensivo, simpática, como pidiendo excusas.

—Ya, bueno, yo también tengo muchas ganas de que me cuentes cosas, charlar… Pero ahora, verás, es que tengo una amiga… Se le ha muerto la madre, ¿entiendes?, está muy decaída, la pobre. Es una amiga de la infancia, nos queremos mucho, no tengo más remedio.

Encontró las llaves. Cogió el abrigo, vino hacia mí. Volvió a sonreír en plan «perdóname».

—Creo que no te faltará nada. Que duermas bien, ¿eh? Te vendré a buscar mañana. Si no, me buscas en el Palacio, ya sabes.

Me dio un beso en la cara. Me sentí colegial.

—Bien, no… ¡Bueno! Yo…

Saludó con la mano desde la puerta.

—Y cuidado con mi cerámica romana ¿eh? Que tengo el corazón puesto en esa tesis. ¡Adiós!

El portazo sonó antes de que pudiera decir palabra. Cerámica romana, ¿eh? Todo había comenzado con una caja de códices, y ahora el corazón lo tenía en la cerámica romana.

Me asomé al cuarto de bailo. Sobre la repisa había un recipiente volcado, y de él se derramaba un polvillo blanco. «¡No!», pensé. Lo toqué con dos dedos, y olfateé. Luego me los llevé a la boca.

Escupí enseguida. EEEEEEGGGGG, polvos de talco.

Así que eso era todo, ¿eh?

«Que me cuentes cosas, charlar…». «Que duermas bien».

Y de pronto, solté la carcajada.

La bolsa de Harrod’s. Condesa. El caballo. El Palacio Real. Traficantes. «Vaya, vaya». Navajeros. SSCCCRRRIIIISSHH de neumáticos. Tacos en madrileño. El bolso de Paloma. Mi dinero. El Suzuki aplastado.

Me dormí enseguida. Creo que riendo aún.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «Vacaciones, malditas vacaciones», núm. 25 de es la colección. < <

[2] Véase el número anterior de esta colección. <<

[3] Véase «Desafío a las estrellas», núm. 20 de esta colección. < <